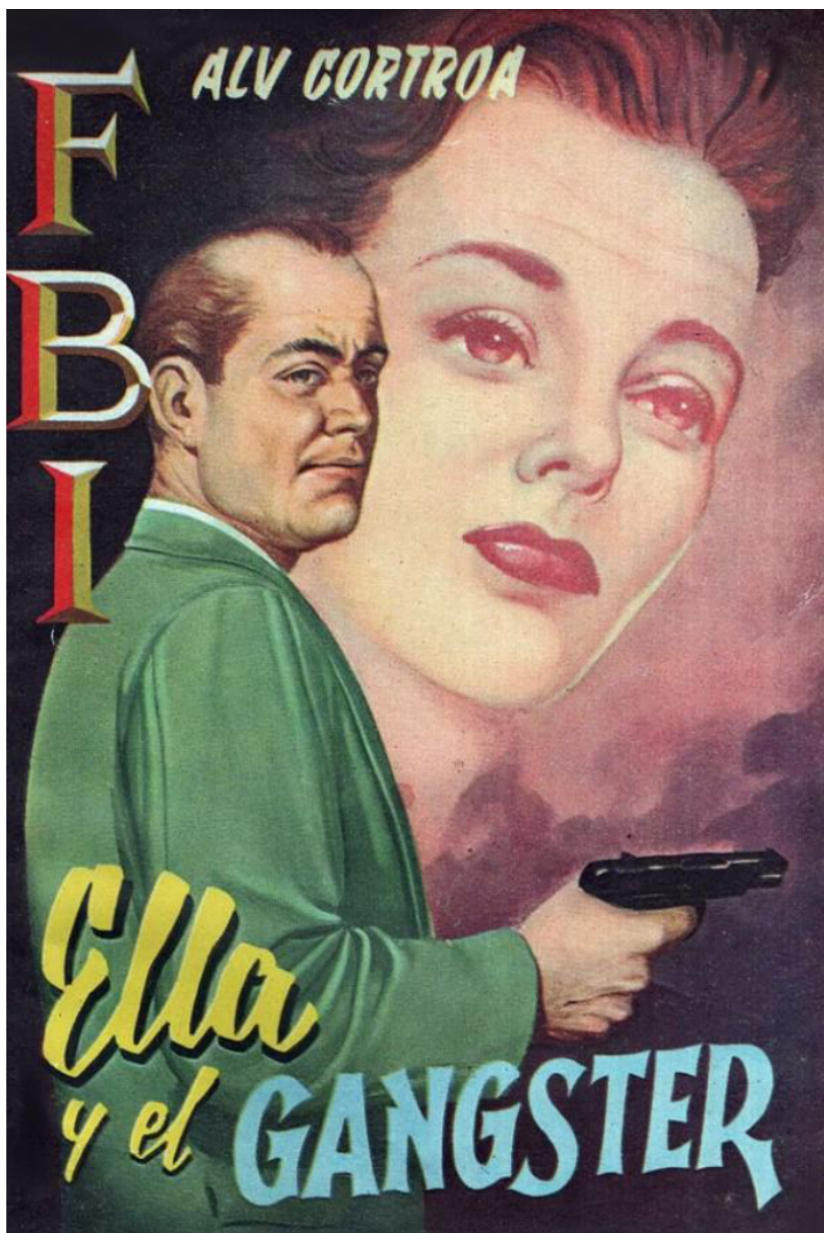




FBI

ALV CORTROA

Ella
y el GANGSTER

ALV CORTROA

Ella y el "gangster"



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by **EDITORIAL ROLLAN**
Madrid, 1953
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68. Madrid.

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

109. Yo, Director del F. B. I. (1).
166. Precinto «C» (3).
183. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
176. Rata acorralada (14).
179. Grita una mujer (5).
180. Cuatro deben morir (4).
183. Morir no es fácil (3).
185. Falsas apariencias (33).
180. Cien blancos en el infierno (31).
197. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (28).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pata perdida (5).
193. Mición de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (28).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (28).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronfa (33).
212. Error fatal (39).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportier de sucesos (4).
219. No escaparás de mí (8).
220. La gavra enguantada (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
224. Lanzas rotas (33).
223. Muerte en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victora (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pared (28).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (5).

285. Sombras de Nueva York (42).
 286. Escóndite para un cadáver (5).
 287. ¡Pánico! (4).
 288. Hundida en el cielo (44).
 289. La banda de los buhos (5).
 290. Inspector especial (42).
 291. Testigo, la luna (5).
 292. Tres muertos para tres (41).
 293. Huyendo del pasado (30).
 294. Manos sucias (4).
 295. El elefante blanco (48).
 296. Al margen del deber (21).
 297. Al servicio de la Ley (42).
 298. El precio del rescate (22).
 299. Tres ramas de un mismo tronco (3).
 300. Un hombre busca su tumba (5).
 301. El fiscal asesinado (8).
 302. Valía diplomática (30).
 303. Misterios de Chicago (4).
 304. ¡Expulsadlos! (37).
 305. Diamantes rojos (42).
 306. La trampa (5).
 307. Mister Warren descubre al asesino (41).
 308. El último asalto (30).
 309. Mafiosos (4).
 310. La muerte, a volante (45).
 311. Fugas en el infierno (46).
 312. Embragues del terror (28).
 313. Habilidad criminal (42).
 314. Una arista en el telón de acero (4).
 315. ...y nlo en el corazón (3).
 316. Grow Street (47).
 317. Cuando la ciudad duerme (5).
 318. Dakin «el Guano» (42).
 319. Tres sentenciados (30).
 320. National 71177 (21).
 321. La amenaza de Morris (4).
 322. Yo te defiende (28).
 323. El humo llevaba sangre (9).
 324. Razzia (30).
 325. Injusta acusación (42).
 326. La conciencia me acusa (4).
 327. Nadie escapa a su delito (48).
 328. El patidillero (5).
 329. El último ataque (30).
 330. Sobre un hombre (21).
 331. ¡Yo no lo maté! (44).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Mans. | (28) André O'Sun. | (37) Angel, de Tar- |
| (2) Fred Barker. | (21) Fel Marty. | turis. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (38) Gary Belsan. |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gallard. | (39) Paul Coster. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (40) Herman Tell- |
| (6) Alar Benet. | (25) Joarp Tell. | gon. |
| (7) A. G. Furnphy. | (26) Med Ryman. | (41) Anthony Cunt- |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | iller. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (42) Anthony Ben- |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | son. |
| (11) Thomas Srise. | son. | (43) Albert Lazar. |
| (12) John Nedon. | (30) Jim Murray. | (44) Fred William- |
| (13) Thomas Wans- | (31) Sand Buri. | son. |
| ton. | (22) Joe Greig. | (45) Ray Jones. |
| (14) F. N. Graw. | (33) Bill O'Veigh. | (46) Richard Har- |
| (15) Robert Dewy. | (34) Don Lassister. | vey. |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est. | (47) Ben Martyn. |
| (17) Al Cortrod. | (36) Edward Good- | (48) Leo Mason. |
| (18) Jack Grey. | son. | (49) Billy McLean. |
| (19) Edgar Ford. | | |

I



A lluvia, impulsada por revoltosas ráfagas de viento, tamborileó en los cristales, trazando pequeñas líneas húmedas en el exterior. En la chimenea, de estilo inglés, chisporroteaban algunos leños, más como decoración hogareña que otra cosa, puesto que el «*bungalow*» disponía de calefacción eléctrica, que proporcionaba un agradable bienestar. Gimió el aire en la chimenea arrancando algunas chispas a los leños.

El hombre se arrebujó en el butacón, dejó caer a sus pies un periódico y sus ojos, iluminados por el resplandor de las llamas, se posaron en la esposa, que bordaba algo en el sillón inmediato.

Luego de varios minutos de muda contemplación, desvió su mirada, para detenerla en los pequeños que jugaban sobre la alfombra. Niño y niña; de siete y once años, respectivamente. El

chiquillo estaba tendido boca abajo, con los ojos a ras del suelo para contemplar en perspectiva real a sus juguetes; un automóvil, que sólo se diferenciaba de uno de verdad en el tamaño; unos soldados de plástico en distintas actitudes de combate y tarugos de madera pintados de distintos colores.

Ella, la niña, sentada también en el suelo, cerca del fuego se entretenía en poner inyecciones a su muñeco de goma; lo arrojaba después, le ponía un termómetro de juguete y acababa por advertirle que se estuviera muy quietecito para no enfriarse.

No había duda de que el hogar de Mathias Delevan era acogedor y confortable, y, por añadidura, reinaban en él la paz y felicidad.

Más confortable aún, cuando fuera, en el exterior, se oía silbar al viento y la lluvia golpeaba contra los cristales.

Mathias entornó los ojos y suspiró. Era un hombre de mediana estatura, ancho de espaldas, tez pálida, ojos de profundo mirar melancólico y una incipiente calvicie que le hacía representar más edad de la que en realidad tenía.

—¡Qué bien se está aquí! —comento después del suspiro.

La esposa alzó los ojos y envolvió a Mathias en una dulce mirada.

—¿No tendrás que salir esta noche, querido? —preguntó, casi afirmando.

El echó la cabeza hacia atrás, reclinándose en el respaldo del butacón. Cerró los ojos y apenas movió los labios para pronunciar la respuesta:

—Sí.

—¿Y no lo puedes dejar para mañana? —insistió ella, consternada.

—Imposible. Es muy urgente...

Mistress Delevan ya conocía aquellas palabras. De antemano sabía que su esposo las pronunciaría como otras tantas veces anteriormente. Cuando Mathias decía que era imprescindible salir de casa por la noche, ella podía estar segura de que no habría nada que le retuviera en el hogar.

Delevan tenía una oficina de patentes y registros. Era él sólo quién realizaba todo el trabajo; nunca quiso tomar un empleado, ni siquiera una mecanógrafa, porque consideraba que el sueldo que tendría que pagar lo necesitaba él para su casa. Además, siempre

que rozaba este tema con su esposa no se cansaba de afirmar que los empleados son todos unos ineptos e incapaces de realizar nada a derechas. A él le gustaba hacer las cosas bien, y nadie podía imitarle en el trabajo. Era mejor así, aun cuando tuviera que salir muchas noches de su casa y trabajar hasta altas horas de la madrugada.

Ella miró a su espose con gesto desolado. Estuvo a punto de insistir para evitar que Mathias saliera aquella noche. Reinaba un tiempo endiablado, frío, lluvioso y desapacible. Era una buena razón para evitar que el hombre abandonara aquella salita confortable, rodeado de los suyos...

Pero no. Sabía que resultaría inútil por completo.

Por ello, quedó con la boca abierta durante unos segundos. La cerró después y ladeó la cabeza, a la vez que componía un gesto de pena en su rostro.

—¡Qué lástima, Mat! —dijo—. ¡Se está tan bien aquí...!

—Es cierto, querida —observó él—. Pero he de, acabar mi tarea. Los clientes son personas que desconocen en absoluto la facultad de saber esperar. Si yo no les resuelvo sus cosas con rapidez, se marchan a otro que lo haga.

Se puso en pie. Dio varios pasos sobre la blanda alfombra y revolvió los rubios cabellos del niño, al cual le prestó muy poca atención, enfrascado en la tarea de ametrallar a unos soldados con continuas pasadas del automóvil de juguete, a la vez que producía con la boca una serie de ruidos muy semejantes a los que se oyen en el cine cuando tienen que interpretar disparos.

La mano diestra de Mathias acarició después con suavidad las suaves mejillas de la niña.

—Acostaos pronto —dijo, a manera de despedida, y caminó por el pasillo seguido de la esposa.

A sus espaldas quedaba la acogedora estancia, bien caldeada. En el «hall», más frío, se oía con claridad el rumor del viento en los árboles del pequeño jardín y la lluvia golpeaba contra la puerta.

Ella le ayudó a ponerse el gabán, se lo abrochó y le alargó el sombrero.

—Acuesta a los niños pronto, Emma —dijo Mathias—. Y, sobre todo, no se te ocurra esperarme. Hace muy mal tiempo...

Metió las manos en sus guantes forrados y dio varios pasos hacia

la puerta. Ella lo acompañó, y cuando él se detuvo, la diestra apoyada en la cerradura, alzó el rostro, ofreciéndole los labios fruncidos.

Mathias sonrió, complacido, aproximó su rostro al de la esposa y juntó sus labios con los de ella.

—Hasta mañana...

—Hasta mañana...

La puerta estuvo dos segundos abierta, permitiendo penetrar al viento en el «*hall*». Emma notó que algunas gotas de agua fría se pesaban en su cara. Contempló la figura de él, enfundada en el grueso gabán, que cruzaba el pequeño jardín en dirección a la puerta de hierro de la calle. Detrás brillaba el automóvil, mojado por la lluvia, rompiendo la luz del cercano farol en mil destellos propios de piedra preciosa.

Cerró la puerta y regresó al cuarto de estar.

Y él también cerró la puertecilla de hierro del jardín, rodeo el coche y se sentó frente al volante. Un momento después el motor ronroneaba, los faros iluminaron la calle mojada, desierta, la cual comenzó a avanzar para introducirse debajo del coche a medida que éste aumentaba la velocidad.

Viraje a la derecha, luego a la izquierda, y enfiló una amplia avenida bordeada de árboles sin hojas.

Pisó más a fondo el acelerador, y el coche aumentó la velocidad, produciendo con los neumáticos un prolongado chasquido sobre el asfalto mojado.

El tráfico fue haciéndose más tupido a medida que el coche se aproximaba al centro de la ciudad. Más edificios comerciales, escaparates, gente embutida en impermeables, luces, cinematógrafos, semáforos regulando la circulación.

El coche se detuvo frente al portal de un gran edificio. Algunas ventanas estaban iluminadas. Otras, oscuras, demostraban que las oficinas fueron cerradas ya, hasta el día siguiente.

Aparcó junto a la acera y descendió del coche. Cruzó el portal, de mármol vetado, y se metió en uno de los ascensores.

—Buenas noches, señor Delevan —saludó el empleado.

—Buenas noches...

El ascensor subió vertiginosamente hasta detenerse en uno de los pisos más elevados. Mathias Delevan salió del cacharro y se

alejó por el desierto pasillo hasta llegar a la puerta de su apartamento.

Allí, distraídamente, leyó su nombre en la placa de latón dorado mientras abría con su llavín.

Un momento después, la puerta se cerró de nueve a sus espaldas.

Delevan encendió la luz del techo, se quitó, lentamente, los guantes, el sombrero y el gabán y lo colgó en la percha. Encendió un cigarrillo y fumó, en silencio, contemplando la parte de la ciudad que se veía desde la ventana del apartamento.

Concluyó de fumar y dejó la punta del cigarrillo en el cenicero, sobre la mesa del despacho. Quitó la funda a la máquina de escribir, extrajo papeles de algunos cajones y los distribuyó por todas partes. Encendió otro cigarrillo y lo dejó consumirse en el, cenicero.

Luego consultó el reloj de pulsera. Sacó una botella de licor y llenó un vaso, que bebió hasta la mitad.

Por último, luego de aplastar el último cigarrillo y consultar un cuaderno de notas que sacó de uno de los calones de la mesa, se puso en pie y se dirigió a una puertecilla situada en una de las paredes laterales de la estancia. La abrió valiéndose de un llavín que hasta el momento reposara junto al cuaderno de notas en el cajón cerrado, y penetró en una especie de ropero diminuto. Allí había algunas cajas en el suelo, de las paredes colgaban algunas prendas de vestir, sombreros.

Mathias Delevan permaneció en aquel cuartito durante varios minutos. Cuando salió, era un hombre totalmente distinto al que llegara hacía escasamente media hora.

Se había puesto un traje distinto, un gabán oscuro, un sombrero de fieltro, muy encasquetado e inclinada el ala sobre los ojos, una bufanda de lana, subida sobre la boca, y guantes distintos.

Lanzó una rápida mirada en torno, como pasando revista a todos los detalles de la oficina. Después, avanzó hacia la mesa de despacho y descolgó el teléfono, dejando el auricular sobre la carpeta de cuero.

Hecho esto, con aire satisfecho y tranquilo se dirigió a la puerta y la abrió lentamente. Miró al exterior, comprobando que no había nadie en el largo pasillo.

Salló y se encaminó a distinto ascensor. Pulsó el timbre de llamada y aguardó, con aire indiferente, enfundado en su gabán, las

manos metidas en los bolsillos, el sombrero muy encasquetado y la bufanda subida, cubriéndole la mitad de la cara; los ojos, un poco alzados, contemplaron el juego luminoso que indicaba la marcha ascendente del ascensor a través de los distintos pisos.

La puerta se abrió de pronto, y un botones lo invitó a pasar. Lo hizo con paso tranquilo, sin prisas. Cuando el ascensor se puso en movimiento hacia abajo, Delevan bostezó ruidosamente.

Salió en el portal y caminó despacio hasta llegar a la calle. Viró hacia la derecha, luego de encogerse de hombros y bajar la cabeza, presentando el sombrero contra la furia del viento y la lluvia.

Y se perdió entre los escasos viandantes.

Había dos automóviles en el cocherón. Un hombre hacía algo en uno de los motores, el «capot», levantado, proporcionaba apariencias monstruosas al vehículo mecánico, asemejándose a un dragón que en aquel momento devoraba al insecto humano. Otros individuos estaban sentados en cajones vacíos, en un rincón del garaje. Estaban con los gabanes o gabardinas puestos y abrochados, los sombreros calados, fumando bajo la escalera de hierro adosada a la pared.

Hacían comentarios, preguntas, que los aludidos contestaban a media voz, con indiferencia. Uno de ellos bebía de vez en cuando largos tragos de licor procedente de una botella petaca, que guardaba después de limpiarse la boca con el dorso de la mano.

De pronto, todos se envararon, enmudeciendo. Sin haber visto que la puertecilla que había al final de la escalera se abría, «supieron» que alguien acababa de llegar. Y ese alguien no podía ser nadie más que el jefe.

Alzaron los rostros al mismo tiempo para mirar hacia lo alto de la escalera.

Y lo vieron. Estaba allí, apoyado en la barandilla y mirando hacia abajo, en la actitud del general que pasa revista a sus soldados antes de entrar en combate.

Todo estaba en silencio. El que arreglaba el motor del automóvil dejó de trajinar, para quedarse quieto, casi en la posición de firmes, con la cara levantada hacia la escalera.

Los otros fueron poniéndose en pie y aguardando, mudos, respetuosos. O, tal vez, temerosos.

El jefe pareció recrearse en la contemplación de sus huestes, y

dejó transcurrir varios minutos antes de salir de su inmovilidad.

Lo hizo irguiéndose al separarse de la barandilla. Luego comenzó a bajar los escalones, lentamente.

Cuando llegó al piso de cemento, no miró a los hombres. Fue andando al costado de los automóviles, mirándolos, sin pronunciar palabra.

Se detuvo junto al motor del primero, las manos metidas en las profundidades de sus bolsillos del gabán, y consultó con la mirada al tipo en mangas de camisa y manos engrasadas que hasta el momento estuvo arreglando algo en las entrañas del vehículo.

—¿Alguna novedad, Peter?

—No. Nada de particular. Sólo he cambiado algunas bujías.

—Perfectamente.

El hombre se volvió, siempre con las manos metidas en los bolsillos, el sombrero calado, con el ala baja, y la bufanda subida hasta las narices.

Miró a los silenciosos individuos, plantado frente a ellos.

—¿Listos? —inquirió.

Se oyó un murmullo afirmativo, mientras algunos movían sus cabezas de arriba abajo.

El jefe consultó el reloj de pulsera.

—Vamos —dijo—. Tenemos el tiempo justo.

Abrió una portezuela delantera del primer coche y se sentó junto al sitio reservado al conductor, el cual, por su parte, se puso la chaqueta y la gabardina, se encasquetó el sombrero y tomó asiento en su puesto.

El automóvil se bamboleó al recibir el peso de varios hombres que subieron para ocupar los asientos posteriores. En el otro coche subieron el resto de los individuos. Las portezuelas sonaron al ser cerradas de golpe. Los motores se pusieron en marcha, y, unos momentos después, abiertas las puertas del cocherón por el guarda, los coches salieron blandamente a la calle, estrecha y oscura, mal iluminada por faroles de tristes bombillas, colocados muy distanciadamente.

Recorrieron varias calles a velocidad moderada y conservando una prudencial distancia entre ellos, observando escrupulosamente las señales de tráfico y atendiendo las indicaciones de los agentes urbanos colocados en algunas esquinas y plazas.

Media hora después se detenían a poca distancia de la gran portada del teatro Municipal, detrás de una larga fila de automóviles aparcados. Un poco más allá estaba el estacionamiento, lleno de coches.

Junto a las puertas se aglomeraba el público, entrando lentamente al gran salón. De los coches descendían parejas, de frac ellos, con trajes de noche y tapados de pieles las damas; elegantísimos todos, distinguidos. Un poco más allá, un público menos selecto, poseedor de localidades altas, se apretujaba, deseoso de librarse de la lluvia, ansioso de presenciar la magnífica representación que los carteles anunciaban.

Artistas francesas, cantantes italianos, conjuntos alemanes y las mejores «*vedettes*» americanas, formaban la más espectacular compañía que podía imaginarse.

Y el público había respondido bien al anuncio, retirando sus boletos con anterioridad.

Las luces resplandecían multiplicadas por las gotas de lluvia. El público fue entrando, lentamente; los automóviles, luego de depositar sus cargas humanas, iban a situarse en el lugar destinado para ellos, donde esperarían al fin del espectáculo para volver a tomar a sus dueños y llevarlos a sus casas o a otros lugares de esparcimiento.

Poco a poco fue aclarándose el grupo ante la entrada.

Desde los dos automóviles ocupados al final de la fila, varios pares de ojos observaban con atención el desarrollo de los acontecimientos. Se dieron cuenta de que el público se ramificaba hasta casi desaparecer por completo.

Uno de los porteros se levantó un poco la galoneada gorra y se limpió rápidamente el sudor que perlaba su frente. Luego, miró hacia afuera y vio que una pareja de elegantes descendía de un coche, se aproximaba él a las taquillas, retiraba sus boletos, pagaba y, volviendo junto a la dama, la tomaba por un brazo y se dirigían a la puerta. Cortó los talones el portero y juzgó que, por aquel día, la tarea había terminado.

Pero no, se equivocaba. Aún faltaba alguien. Dos hombres llegaban, andando, y se detenían en la taquilla para retirar sus entradas. Luego se acercaron a la puerta, precisamente cuando ya llegaban hasta allí los acordes de la orquesta en la obertura.

Cortó los talones y observó:

—Apresúrense, señores. Está comenzando.

Los otros no dijeron nada, limitándose a entrar en el gran «*hall*» del teatro y dirigiéndose hacia la derecha, hacia las escaleras que conducían a los pisos altos, como correspondía a las entradas que el portero acababa de cortar.

Y no eran los últimos, cómo pudo observar éste; otros dos tipos se acercaban en aquel momento a las taquillas y se ponían a hablar con las señoritas que despachaban los boletos. Otros dos individuos cruzaron ante la portada y se encaminaron a las taquillas.

—¡Pesados! —comentó el portero con el compañero—. Creo que ni cuando les llegue la hora serán puntuales con la muerte.

Había otros dos curiosos leyendo los grandes carteles colocados en las puertas, o mirando los grandes retratos de los artistas que actuaban.

Pero no parecía que estos últimos fueran a entrar. Se oía la música, fuerte, ruidosa. Luego se aplacó en melodiosas y suaves cadencias.

De pronto, se oyó un grito, rápidamente ahogado.

Los porteros se miraron, perplejos.

—¿Ha sido en el escenario?

—Yo creo que no. Más bien...

Los dos últimos hombres que habían entrado en el teatro regresaban a la carrera. Uno de ellos llevaba en las manos una bolsa de lona.

El otro, una pistola.

Los porteros tardaron varios segundos en salir de su asombro, en comprender lo que sucedía. Cuando quisieron hacer algo, era tarde.

Los tipos que estaban ante la portada del teatro, se aproximaron con rapidez y abrieron con violencia una de las puertas de cristales.

De pronto, los porteros se encontraron encañonados. Uno por una amenazadora pistola automática. El otro enfrentado a una metralleta.

Ni soñar con moverse ni abrir la boca. Las caras de los que empuñaban las armas eran de las que no dejan lugar a dudas con respecto a las intenciones que abrigaban los tipos.

Vieron que los dos últimos individuos que se aproximaron a las taquillas también poseían buenas pistolas automáticas, con las que

apuntaban a las taquilleras a través de los estrechos ventanillos de cristal.

Un momento después, todo había pasado.

Y los porteros pudieron dar la voz de alarma, saliendo a la calle, moviendo los brazos como aspas de molino, gritando con todas la fuerza de sus pulmones, alborotando como si les hubieran quitado a ellos una parte de sus sueldos.

Pero dejaron de gritar en el acto. Precisamente un segundo después de restallar varios disparos, seguidos.

Los dos se llevaron las manos al pecho, abrieron mucho los ojos y las bocas al ver la sangre que rebasaba los dedos, se doblaron y un momento después, estaban ambos tendidos sobre la acera iluminada, manchados de sangre.

El jefe guardó su automática, mientras tomaba asiento en su sitio, junto al conductor.

—Vámonos —dijo, con voz tranquila, de hombre que tiene la conciencia limpia.

Los dos coches arrancaron casi al mismo tiempo, para perderse en la primera esquina, mucho antes de que algunos transeúntes pudieran llegar al sitio donde estaban los porteros caídos.

—¡Muerto...! —gritó alguien.

—¡Muerto! —dijo otra voz.

Dos cadáveres sobre la acera. Dos automóviles que acaban de desaparecer. El jefe, tranquilo, como el que no ha hecho nada.

En el interior del teatro sonaba la música alegre, y restallaban los aplausos de un público complacido y satisfecho de haber pagado altos precios por sus localidades. Aquella compañía merecía mucho más, pues eran artistas dignos, maravillosos, que necesitaban ser pagados muy bien.

Lo que el público ignoraba era que el dinero recaudado aquella noche, y que ascendía a varios miles de dólares, acababa de caer en unas manos que no eran precisamente las de los artistas.

Aunque bien pudiera decirse que eran unos artistas del atraco...



Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia de Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de cow-boys.

II



BRIÓ el portal con su llavín y caminó, apresuradamente, sobre el piso de mármol. A aquellas horas no había nadie allí; los ascensores estaban vacíos, las puertas abiertas. Uno de ellos conservaba las luces encendidas; era el que disponía de un cuadro de botones correspondientes a los distintos pisos, y podía ser manejado por cualquiera sin necesidad de que estuviera presente el encargado. Algo así como el ascensor de guardia nocturna.

Se metió en él, cerró las puertas y oprimió el botón correspondiente a uno de los últimos pisos. El aparato ascendió más lento que los otros, pero llegó a su destino, y el hombre salió, cerró las puertas y oprimió el botón de reenvío.

Contempló cómo desaparecían las luces hacia abajo. Luego giró sobre sus talones y se encaminó por el largo pasillo hasta la puerta

del apartamento; la abrió, despacio y sin ruido, y desapareció en el interior.

Unos minutos después, el hombre volvió a aparecer, procedente del cuarto reservado. Era de nuevo Mathias Delevan, con su traje gris, su corbata común y su aspecto de burgués pacífico. Tal vez con una nota de cansancio en el rostro, lógica en un hombre que ha trabajado durante muchas horas.

Se sentó en el sillón, tras la mesa de despacho, y colgó el auricular del teléfono. Hecho esto, guardó algunas cosas en los cajones, revisó papeles y escribió algo en un bloc de notas.

Encendió un cigarrillo y lo fumó beatíficamente, reclinado sobre el respaldo del sillón, los pies sobre la mesa, abandonado al dulce encanto del reposo y recordando momentos felices. Una sonrisa cubría el rostro tranquilo de Delevan. La del hombre que ha cumplido con su obligación; la sonrisa del padre de familia que vela por los suyos, que se sacrifica por ellos.

Fumó, incansablemente, cigarrillo tras cigarrillo. La pequeña oficina se llenó de humo azulado, que flotaba a media altura.

Leyó un periódico atrasado, consultó algunos papeles, sin prisa, perdiendo deliberadamente minutos, con la calma del que espera algo que ha de llegar, pero sin demostrar impaciencia, seguro de que al fin llegará lo esperado.

Las primeras luces del amanecer se filtraron por los cristales de la ventana. Un amanecer gris, lluvioso, semejante al día anterior. Los focos eléctricos que brillaban sobre la ciudad, a sus pies, comenzaron a palidecer, al mismo tiempo que los sonidos largos, prolongados, de las primeras sirenas de las fábricas, se arrastraban lánguidos y perentorios sobre los tejados, se quebraban en las esquinas y eran capaces de atravesar los cristales de la ventana para que Mathias Delevan los pudiera escuchar con deleite.

Ya faltaba poco. Lo sabía de memoria.

Y, en efecto, no tardó en percibir el sonido del motor de uno de los ascensores. Poco después, el ruido de unas puertas al abrirse. Golpear de cubos sobre el suelo y unas voces femeninas, soñolientas, de mujeres cansadas, que decían algo.

Pasos blandos, golpear de puertas, zumbido de aspiradores eléctricos.

La limpieza de los departamentos destinados a oficinas acababa

de comenzar en todo el edificio.

Mathias Delevan se puso en pie y se desperezó con voluptuosidad, estirando los músculos casi entumecidos por la inactividad. Sonrió con placer y se puso el gabán, se anudó la bufanda y se encasquetó el sombrero. Hecho esto, abrió la puerta y se asomó al pasillo.

Vio a la mujer, uniformada con una bata azul celeste y un gorro blanco, llevando un cubo en la diestra y una escoba en la siniestra, aproximarse con pesado andar.

—Buenos días, señor Delevan. ¿Otra vez trabajando toda la noche?

Él se encogió de hombros, con un movimiento fatalista.

—No hay otro remedio, *mistress* Surefoot. Hay que vivir.

Se guardó las llaves en uno de los bolsillos del pantalón, y se abrochó el abrigo, con un escalofrío.

—Ya puede limpiar —añadió—. A pesar de todo, volveré pronto, a las ocho, después de desayunar.

—Ahora mismo, señor Delevan. Tendrá el despacho limpio para cuando vuelva.

Se encaminó al ascensor y llamó. Minutos después se abría la puerta, y el botones, con cara de sueño, lo condujo abajo.

Ya estaba el portero en su sitio, junto a las placas con las direcciones de los distintos despachos.

Lo saludó, y recibió la respuesta del hombre uniformado. Salió a la calle, se dirigió al coche aparcado y, unos momentos después, emprendía el camino de las afueras.

Detuvo el automóvil frente a la puertecilla del jardín. La casa estaba silenciosa, dormida, las planeas mojadas goteaban lágrimas de lluvia sobre la tierra mojada. El día gris, nublado, proporcionaba un hondo aspecto triste a todas las cosas.

Delevan extrajo su llavín y franqueó la entrada del «*bungalow*». Se quitó el sombrero y el, gabán y los colocó en la percha. Después, procurando no hacer ruido alguno se acercó a la puerta de la alcoba.

Emma lo miró desde la cama. Le había sentido llegar y se disponía a levantarse para atenderle.

—No te muevas, querida —dijo él aproximándose para darla un beso—. Yo me calentaré un poco de café.

—No, espera, Math —protestó ella.

Se levantó, cubriéndose con una bata larga, de paño. Aproximó su rostro al del esposo y presentó sus labios.

Después se dirigieron hacia la cocina y a los pocos momentos la casa entera se llenaba del agradable olor del tocino frito y del café caliente.

Mathias Delevan se levantó de la mesa, donde aguardaba, para abrir la puerta y recoger la botella de leche y el periódico de la mañana.

Con pasos lentos y aspecto cansado, llevó la leche a la cocina y la entregó a su mujer. Luego regresó al comedor, tomó asiento y desplegó el periódico.

Comentó en voz alta algunas noticias interesantes, que Emma escuchaba desde la cocina mientras tostaba el pan para el desayuno.

—Nuevo bloqueo en Berlín...

Las tostadas saltaban del aparato bien doradas y Emma las colocaba ordenadamente en un plato.

—Perón ha sido depuesto... Sucesos en Buenos Aires...

Emma colocó el tarro de mermelada junto al pocillo de la mantequilla.

—También en Marruecos hay choques y muertos. A los franceses se les están poniendo mal las cosas alh...

—Está tan lejos eso, Math —comentó ella, esperando a que hirviera la leche fresca para servírsela al esposo.

Unos minutos de silencio, rotos de vez en cuando por el rumor que producían las grandes hojas del periódico al ser dobladas.

Por fin cruzó ella la puerta de la cocina y depositó la bandeja del desayuno frente al esposo, sobre la mesa en mantelada de plástico.

Delevan aplastó el cigarrillo en el cenicero, pero no apartó el periódico para emprenderla con los alimentos.

—Escucha esto, Emma —dijo con un movimiento interesado, plegando el periódico para leer con mayor comodidad—. Un golpe de audacia como en los tiempos de Al Capone.

Enmudeció para leer en silencio. Ella solicitó:

—¿Qué es ello? Pero no te entretengas, Math. Va a enfriarse el café, y con este tiempo, es agradable tomarlo caliente.

—Un atraco en el teatro Municipal —dijo él, apartando el periódico y comenzando a cubrir de mantequilla una de las tostadas

—. Unos tipos se han llevado toda la recaudación de las dos funciones del día, mientras se celebraba la de noche y unos minutos antes de que retiraran el dinero.

Procedió a cubrir de mermelada la mantequilla. Lo hacía despacio, como recreándose en la operación. Acabó y mordió golosamente. Luego, masticando, con la mano diestra levantada sosteniendo la tostada, continuó comentando lo que acababa de leer en el periódico.

—Lo peor de todo es que ha habido dos muertos. Dos porteros que dieron voces de alarma y recibieron unos balazos estúpidamente.

—Estúpidamente... —Ella ladeó la cabeza, reconviniendo—. Sus familias, ahora...

—Sí, claro. Sus familias... Pero yo, en sus pellejos, no me habría movido. Los pistoleros no se andan por las ramas, suelen estar nerviosos y, a la menor alarma, matan.

—Es horrible —se escalofrió Emma, arrebujándose en su bata de paño—. No comprendo cómo pueden pasar estas cosas en la época en que vivimos.

Con estas palabras acabaron los comentarios. Éstos eran uno de los platos de todos los desayunos; los niños aún dormidos, los esposos, sentados frente a frente, desayunándose, comentaban las noticias de última hora, húmeda aún la tinta del periódico.

Mathias terminó el refrigerio; alzó la servilleta y se limpió los labios. Luego se acarició las mejillas.

—He de afeitarme —comunicó.

Y Emma salió del comedor para traerle la máquina eléctrica de afeitar y un espejito que colocó frente al esposo.

De nuevo se sentó al otro lado de la mesa.

—¿No vas a descansar un poco? —dijo con timidez.

—Imposible —fue la respuesta de Delevan—. He de trabajar.

—Pero querido, vas a caer enfermo... No puedes continuar así.

—No hay otra alternativa —sonrió él con dulzura—. Si ahora me acostara, resultaría nulo todo el trabajo hecho por la noche. No, he de concluir.

Sonrió mientras ponía en marcha la máquina de afeitar, la cual comenzó a zumbar con suave ronroneo.

Quince minutos después, Mathias Delevan, bien rasuradas las

mejillas, peinado, cepillado el traje y reconfortado con el desayuno, se encaminó hacia el «*hall*». Antes penetró en el cuarto de los niños.

Dormían profundamente en sus camas, bien tapados, serenos los infantiles rostros, ajenos a cuánto les rodeaba.

Ni se removieron cuando el padre, silencioso, se inclinó para besar sus frentes, bajo la atenta mirada de Emma.

Después salió de puntillas de la habitación, recibió el beso de la esposa, cerró la puerta a sus espaldas y subió al automóvil, alejándose del «*bungalow*» a prudente velocidad.

Frenó ante el edificio comercial y desconectó el encendido del motor. Al pasar junto a la garita del portero, saludó con una cansada sonrisa al hombre que estaba dentro. Quince minutos después volvía a pasar por el portal de mármol.

—Estaré fuera casi toda la mañana —dijo—. Si viene alguien a mi oficina haga el favor de decírselo así. Y que me llamen por teléfono si quieren.

—Está bien, señor Delevan.

De nuevo al coche, que arrancó obediente y silencioso avanzando por entre el tráfico, que aumentaba por minutos según avanzaba la mañana.

Se metió en la riada de automóviles, cruzó varias avenidas, torció muchas veces zigzagueando por calles más estrechas hasta llegar a la Fulton Avenue, donde pudo aumentar la velocidad por ser casi una carretera interurbana. Dio vuelta a una plaza y se metió en un gran estacionamiento de automóviles. Había muchos coches allí y Delevan eligió un sitio apartado, entre dos vehículos mayores que el suyo. Cerró con llave las portezuelas y se alejó a grandes pasos.

Anduvo hasta la próxima esquina, a la cual llegó cinco minutos después; lanzó una mirada hacia atrás y suspiró satisfecho. Luego continuó andando en dirección a la larga fila de coches de alquiler que tenían allí la parada.

Subió en el primero que encontró y dio al conductor unas señas.

Cuando el vehículo se puso en marcha, Delevan se arrellanó bien en su asiento y miró con indiferencia a través de los cristales de la ventanilla.

Media hora después, el coche se detenía y Delevan pagó.

Ya en la acera, miró a un lado y a otro de la calle, como

buscando algo, hasta que el taxi se alejó del lugar. Entonces caminó con rápidos pasos, dobló una esquina y se detuvo frente a una puerta grande, de cierre metálico, en el que había una abertura más pequeña.

Abrió la puertecilla y penetró en una nave donde había dos automóviles.

Un hombre le salió al encuentro.

—Buenos días, señor.

—Hola, Gilmer. ¿Alguna novedad?

—Ninguna.

El hombre hizo un gesto señalando al automóvil que estaba más cercano a la salida y Delevan pudo comprobar que tenía el motor desmontado casi totalmente, los ejes calzados con gruesos tarugos, las ruedas quitadas y desinfladas con una capa de polvo sobre ellas. Sólo con una ojeada se obtenía la conclusión de que aquel coche llevaba varios días en reparación.

—Perfectamente —aprobó Delevan con una sonrisa en los labios —. Cuando lleguen los muchachos, los haces pasar.

Se dirigió al arranque de la escalera y ascendió hasta llegar al rellano superior. Allí se detuvo varios segundos para abrir la puerta valiéndose de una llave que extrajo de uno de sus bolsillos, y desapareció en el interior, mientras el hombre, abajo, se dedicaba a la tarea de reparar el automóvil.

Aunque, por supuesto, aquel coche no necesitaba reparación alguna.

Se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de una silla en la que tomó asiento. Miró en torno.

Se encontraba en la oficina del pequeño taller de reparaciones mecánicas. Una estrecha ventana a un patio proporcionaba la suficiente luz para que aquello no pudiera ser calificado de lóbrego. Había una mesa, varias sillas y una estufa de carbón.

Sobre la mesa algunos papeles con el membrete comercial de la industria.

Delevan comenzó a escribir en uno de aquellos papeles, acumulando averías a cargo de un cliente.

«Rectificado de cigüeñal, metal antifricción en bielas, esmerilado de válvulas, puesta a punto de encendido, cambio de ferodos en frenos y arreglo del sistema hidráulico».

Se echó un poco atrás, en la misma actitud que emplean los artistas para contemplar sus obras según las van llevando a cabo. Delevan consideraba aquella factura como una verdadera obra de arte.

Sonrió complacido y encendió un cigarrillo, colocando después los pies sobre la mesa.

Durante algunos minutos fumó en silencio. Desde abajo le llegaban los ruidos que hacía el mecánico trabajando en la «reparación» del automóvil. Percibió el golpe de la puertecilla metálica y el rumor de unas voces. Luego, unos pasos hicieron vibrar las escaleras de hierro, para, por último, resonar unos golpes en la puerta de la oficina.

—Adelante —concedió Delevan sin moverse en su asiento.

—Buenos días...

La voz sonó alegre y respetuosa. Delevan volvió un poco la cabeza y miró al que acababa de llegar.

—Hola, Peter. ¿Has dormido bien?

—No he tenido mucho tiempo. Lo haré esta noche...

—Si no estás demasiado ocupado gastándote tu dinero, ¿verdad?

—Bueno... Todo depende de cómo se presenten las cosas.

—Ten cuidado, Peter. Mucho cuidado.

Peter avanzó hacia la mesa, apoyó ambas manos sobre ella e inclinó el busto hacia adelante.

—¿Teme algo, jefe? —preguntó con alguna ansiedad en el tono de voz.

—Lo temo todo de tipos como tú, Peter —Delevan miró al otro con fijeza, sin alterar ni un solo músculo del rostro—. Sois muy peligrosos.

—¿Peligrosos? ¿Por qué? ¿A quién ponemos en peligro?

—A los compañeros, Peter —siguió Delevan—. Tenía ganas de decírtelo y me alegro de que hayas llegado el primero para hacerte algunas advertencias.

Peter se irguió. De pronto se borró su sonrisa en el rostro. El color de la piel huyó para dejar lugar a una intensa palidez. Comenzaba a estar asustado.

—Diga lo que... sea, jefe —pudo articular—. Esté seguro de que corregiré los defectos que usted señale.

—Pues claro que estoy seguro de eso, Peter —dijo Delevan, con

tono helado de voz—. Y si no lo haces tú... tendré que hacerlo yo mismo.

—Eso, no... —protestó Peter, tratando de poner en sus palabras un calor y convencimiento que estaba muy lejos de sentir en aquellos momentos en los que sólo el miedo aumentaba por segundos—. Le doy mi palabra de que haré lo que usted diga.

—Seguro, Peter, seguro... Anda, siéntate.

Arrastró una silla con manos trémulas y se sentó frente a frente de Delevan.

Éste carraspeó; juntó sus manos, apoyados los codos en la mesa, y comenzó a pellizcarse los labios. Tenía los ojos entornados, mirando a través de las pestañas al hombre que tenía delante. Su actitud era del maestro que se dispone a reñir una grave falta al alumno.

—No me gustan algunas cosas que haces, Peter —comenzó.

—Dígame cuáles son, jefe. Y yo le prometo que...

—No me gustan nada algunas cosas que haces. Peter —continuó Delevan, como si el otro no hubiera despegado los labios—. Y las has de corregir en el acto, o... te irá mal. Te irá muy mal, Peter.

Peter tragó saliva con visible esfuerzo...

—Por ejemplo: tu estúpida ostentación de dinero —siguió Delevan—. Tu presunción, tus trajes elegantes, tus gastos con amigas, los costosos regalos que las haces. Eso tiene que cesar al momento, ¿te enteras?

Peter movió varias veces la cabeza de arriba abajo.

—Esas cosas, de la manera que tú las haces, no pueden tardar en ser observadas. Y a la Policía le gusta meter las narices en cosas así. ¿Comprendes el peligro?

No había dureza en la reconvención. Las palabras que Delevan pronunciaba fluían de su boca con suavidad, sin violencia. Seguramente habría empleado un tono más áspero para regañar a sus hijos. Esta circunstancia sirvió para que el joven Peter comenzara a sentirse más seguro.

—Entonces —se atrevió a objetar—, ¿para qué me juego el pellejo? Si expongo mi libertad y mi propia vida para ganar dinero con facilidad, no es precisamente para llevar una vida de privaciones...

El argumento estaba bien buscado, y a Delevan le costó trabajo

encontrar palabras persuasivas que sacaran al otro de su error.

—Te equivocas —dijo—. Ganas dinero para tus necesidades y para mañana. Exclusivamente. Comprende: hace unos días no eras más que un muerto de hambre, un golfillo que recogía colillas del suelo y robaba a las amas de casa en los mercados. Cosas de poca monta. Si de pronto comienzas a vestir buenos trajes y a gastar el dinero a manos llenas, es natural que el contraste salte a la vista y llamará la atención.

—Bueno; he encontrado trabajo y gano buen jornal —observó Peter.

—De acuerdo; eso puede suceder. Pero ¿dónde? ¿Quién te paga tan espléndidamente como para que tires el dinero si eres un hombre sin oficio? Y, sobre todo, ¿puedes dar las señas de tu lugar de trabajo?

Peter bajó la cabeza abrumado. Después de varios segundos de silencio, volvió a levantarla para preguntar:

—¿Usted cree que los policías se meten tan a fondo en las vidas de los ciudadanos?

—Puedes estar seguro de ello, muchacho. Por eso, desde este momento te comportarás como yo quiero que lo hagas. De lo contrario... podría sucederte algo muy... desagradable, Peter. Ni yo ni ninguno de los demás compañeros podemos estar conformes con que nos lleven a la cárcel estúpidamente. No lo olvides.

Sonaban pasos en la escalera de fuera. Eran varios los hombres que llegaron casi a la vez. A los pocos minutos la oficina estaba ocupada por ocho individuos de las más diferentes cataduras.

Mathias Delevan pasó revista con la mirada a todos y cada uno de sus «empleados». Desde el bestial Patrick, de cara cuadrada, mandíbula prominente, hasta el delicado Adams, fino, lánguido, atildado, pasando por Ludlow, de baja estatura y aspecto de artesano; Velasco, moreno, ojos brillantes, nacido en Venezuela; Orting, joven de aspecto universitario, con gafas de montura invisible y músculos desarrollados, y Gilmer, el mecánico, con las manos aún suplas por la grasa del automóvil que reparaba. Ocho en total, contándose a sí mismo.

—Todo bien —comentó Delevan, con una sonrisa—. Os felicito.

Sin pronunciar más palabras, procedió a entregar un billete de mil dólares a cada uno de los presentes. Cuando concluyó la

operación, Delevan hizo algunas recomendaciones, que los demás escucharon en silencio:

—Prudencia, cuidado —miró particularmente a Peter—. No conviene que hagáis locuras, puesto que el «negocio», como veis, es saneado y sin demasiados peligros.

Se interrumpió para seguir:

—Recordad mis instrucciones en todo momento y gastad con tino el dinero ganado.

Nueva interrupción, para concluir después de varios segundos de silencio:

—El próximo viernes, a las once de la noche, aquí. Nada más.



¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Con las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

EXTRA-OESTE

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los sectores de España y América.

III



ESDE el rellano superior de la escalera los vio salir del garaje, en su rostro se veía una leve sonrisa, propia del ser superior a los demás, del general que contempla a sus soldados.

Comenzó a bajar lentamente los escalones, rodeó al primero de los automóviles y se aproximó al hombre que arreglaba el coche más cercano a la puerta de la calle.

—Comienza a montarlo con tiempo suficiente para que esté listo el viernes —ordenó.

—Ya lo imaginaba —respondió Gilmer, con una sonrisa.

Delevan se despidió con un leve gesto de su mano derecha, y salió de la pequeña nave destinada a cochera. Ya en la calle, y sin separarse de la puerta, miró a un lado y a otro para cerciorarse de

que no había novedad.

En efecto, circulaban pocos transeúntes, y ninguno mostraba curiosidad especial por la casa de mísera apariencia, donde Mathias Delevan tenía establecido su cuartel general.

Se apartó del quicio y comenzó a andar con pasos rápidos; dio vuelta a la esquina próxima y se detuvo bruscamente. Sus ojos brillaron al reconocer a la figura que se encontraba a varios pasos de distancia, en la otra acera. Se trataba de Peter, el cual estaba charlando muy animado con una joven rubia, bien vestida, pero excesivamente maquillada para resultar elegante.

Delevan se pegó materialmente a la pared para no ser visto, y continuó su espionaje.

El joven, luego de hablar con la rubia durante varios minutos, la tomó por un brazo y comenzó a alejarse.

Delevan salió de su inmovilidad para seguir a la pareja a prudencial distancia. Caminó despacio, sin desviar la vista de Peter y su compañera. Iban muy juntos, inclinado el joven para hablar cerca del oído de ella. De cuando en cuando, la rubia soltaba una alegre carcajada y se arrimaba más a Peter.

Pasó un taxi, y Peter lo llamó. Inmediatamente Delevan buscó con la vista otro coche, y lo encontró pronto. Unos segundos después los dos automóviles marchaban por la avenida en dirección al centro de la ciudad, dejando a Cícero a la izquierda para tomar por Blue Avenue a gran velocidad y desembocar en la calle Harrison, al final de la cual viró el coche hacia la izquierda, siempre seguido por el que ocupaba Delevan, y se detuvo frente al Columbia Yacht Club.

El conductor del taxi en que iba Mathias Delevan frenó a varias yardas de distancia. Desde el interior del coche el ocupante vio descender a la pareja. Peter pagó al chófer, y siempre con el rostro alegre, satisfecho, se dirigió hacia los locales del Columbia. La rubia iba ahora colgada del brazo derecho del joven.

El imponente portero, de uniforme galoneado como un almirante, se apresuró a abrir la puerta de cristales para franquear el paso a los clientes, y se inclinó ante ellos.

Delevan descendió a su vez del taxi y pagó al conductor. Luego, lentamente, se dirigió hacia los grandes ventanales desde los que se divisaba una gran extensión del lago Michigan, con los «*ferrys*»

navegando y algunos balandros haciendo prácticas.

Se detuvo junto a una de las vidrieras, semioculto por el oscuro ramaje de una maceta gigante. Extrajo un cigarrillo, hizo funcionar su encendedor y aplicó la llama, amparándola con ambas manos.

Pero no veía lo que hacía porque sus ojos estaban muy desviados hacia la izquierda para contemplar a la pareja que había seguido desde el centro de Chicago.

Estaban allá adentro, al otro lado del cristal. Él, Peter, ayudaba a la joven a quitarse el abrigo; luego acercó la silla para que se acomodara. Hecho lo cual, dio una pequeña vuelta y tomó asiento casi enfrente de la rubia.

Delevan se agachó para atarse el cordón de un zapato. Mas sus ojos no se apartaban de su hombre. Invirtió un tiempo considerable en atarse aquel zapato, luego la emprendió con el otro, hasta que quedó satisfecho. No de los nudos que hacía, sino de su observación.

El Columbia Yacht Club era un sitio para millonarios; eso saltaba a la vista. Los camareros, la decoración y el público selecto de deportistas que allí había lo atestiguaban sin ningún género de dudas.

Y Peter parecía estar como en su casa. Sonreía al «*maître*» al encargarle el almuerzo, prodigaba ademanes de gran señor, de hombre habituado a frecuentar lugares de máximo lujo, incapaz de sentirse incómodo ni allí ni en presencia del presidente de los Estados Unidos.

La boca de Delevan se contraje en una mueca indefinible. Fue un gesto mezcla de desprecio, odio, alarma y deseo de venganza.

Se irguió muy despacio y se deslizó con cuidado para no ser visto por la pareja que estaba detrás de los cristales. Unos momentos después se metía en un taxi y daba orden al conductor para que pusiera al vehículo en la acera frontera. Desde allí vigiló pacientemente la monumental entrada del Yacht Club.

Dos horas invirtió Peter en comer. Después hubo té-baile, más tarde dieron un paseo en una motora alquilada. Un buen paseo de más de tres horas, tiempo que Delevan invirtió en consumir casi un paquete de cigarrillos.

Por fin regresó el barquichuelo de motor y vio a la pareja ascender los escalones del muelle privado. De nuevo se metieron en

los salones del Club y estuvieron bailando durante un buen rato antes de sentarse a la mesa para cenar.

El conductor del taxi comenzó a dar muestras de impaciencia y a decir algo entre dientes concerniente al relevo. Delevan pagó entonces y saltó del coche. Ya no lo necesitaba para nada, puesto que era de noche, y a pesar de la buena iluminación de los edificios del muelle, sabía que podía pasar inadvertido en las zonas de sombra.

Paseó despacio, lanzando furtivas ojeadas hacia los iluminados salones del Club. Consultaba de vez en vez su reloj de pulsera, comprobando que las horas pasaban una tras otra.

Tenía paciencia. Sabía esperar. Poseía la terquedad del hombre que está firmemente dispuesto a llevar a cabo algo importante, tan importante como quitar la vida a un hombre.

No había tomado nada desde la mañana, pero no importaba. El consideraba como obligación ineludible lo que iba a hacer.

Y lo haría, aunque para ello tuviera que esperar años enteros.

Por fin, cerca de las tres de la madrugada, comenzaron a salir parejas de Yacht Club. La orquesta cesó de tocar y los lujosos automóviles aparcados en las proximidades comenzaron el desfile rutilante de faros encendidos y níqueles centelleantes.

Los que interesaban a Delevan salieron de los últimos. Peter dio un traspie al salir, se enredó los pies con una alfombra y estuvo a punto de medir el suelo con el cuerpo.

No sucedió tal cosa, porque la rubia, oportuna, lo sostuvo a tiempo. Soltaron largas y estúpidas carcajadas, y comenzaron a alejarse en busca de un taxi, o tal vez con el deseo de pasear para despejarse las cabezas con el aire frío de la noche.

Una sombra siguió sus pasos. Una sombra silenciosa, furtiva, casi invisible, pero tenaz e implacable.

Peter comenzó a cantar a grito pelado; ella, también. Iban cogidos del brazo, y sus pasos vacilantes les llevaban de un lado a otro de la acera de cemento.

La sombra iba pegada a la barandilla del muelle. Un poco más abajo estaba la zona dedicada a baños, desierta a aquellas horas.

De cuando en cuando pasaba un automóvil con los faros de carretera encendidos.

Peter gritaba algo y decía adiós con las manos a los ocupantes

del vehículo. Ella reía sin cesar, con carcajadas cantarinas, de mujer satisfecha por llevar al lado a un hombre espléndido y desprendido, que sabía gastar el dinero a manos llenas.

Se pararon jadeantes y cansados, tal vez un poco mareados y aturridos. Juntos, muy juntos, se apoyaron en la barandilla de hierro y contemplaron las temblonas luces en el Michigan. Un «ferry» se deslizaba a lo lejos tocando la sirena. El rumor de los motores de un avión de línea fue acercándose poco a poco hasta que se descubrieron sus luces de colores, encendiéndose y apagándose alternativamente, para desaparecer de pronto cuando el aparato se sumergió en una nube.

La sombra se aproximó sin producir ruido alguno.

Ella, la compañera de Peter, alzó una mano y acarició la frente del hombre, echándole hacia atrás el rebelde cabello despeinado.

La sombra de Delevan acortó distancias.

—¿Estás cansado, querido?

—¡Brrr! ¡Tengo una pesadez en el estómago...!

—Has bebido mucho... ¡Has tirado el dinero a manos llenas!

—Sí, creo que sí. Eso es lo que me pesa en el estómago ahora.

Antes me pesaba en el bolsillo de la cartera.

Ella rió.

Delevan estaba a dos pasos de distancia y lo oía todo.

—¡Eres encantador!

—No me cuesta demasiado ganarlo, chica. Como se ha ido vendrá de nuevo. No te aflijas demasiado.

La mano derecha de Delevan salió del bolsillo. Algo brilló herido por la distante luz de un foco eléctrico. Luego el hombre dio un paso más y quedó casi tocando a la pareja.

Ella debió oír algo, porque volvió la cabeza y abrió mucho la boca para protestar airadamente ante el intruso.

No tuvo tiempo de pronunciar ni una sola palabra.

Delevan había acercado la pistola, montada, a la nuca de Peter, y antes de que éste tuviera tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, restalló el disparo.

La rubia gritó, la boca y los ojos desmesuradamente abiertos. Enmudeció al sentir un fuerte golpe en la cabeza, y perdió el sentido.

Delevan miró a derecha e izquierda, y, tranquilo, se inclinó

hacia la mujer, la abrió la mano derecha y metió entre sus dedos la pistola homicida.

Después se alejó a la carrera, para, perderse entre las sombras.

—Apártense, señores, por favor.

El guardia empujó a los curiosos y miró con detenimiento los cuerpos caídos. A sus espaldas se escuchaban comentarios para todos los gustos.

—Ha sido ella quien lo hizo. Valiente pécora...

—Cualquiera sabe por qué. Tal vez el sinvergüenza quería extralimitarse y ella no lo consintió.

—Pero no cabe duda de que esa mujer se lo ha cargado...

—De eso no hay duda. He sido el primero en llegar cuando oí el disparo, y no había nadie por aquí.

—La va a costar trabajo probar su inocencia...

—¡Inocencia! Esa mujer...

—De todas maneras, la espera buena.

Detuvo el coche frente al jardín, se apeó y abrió la puerta del garaje. Luego, de nuevo frente al volante, hizo las maniobras oportunas para guardar el automóvil. Conseguido esto, cerró la llave de paso, quitó el contacto y suspiró hondo.

Salió al jardín y anduvo con pasos cansados hacia la puerta del «*bungalow*». La luz del recibimiento se encendió en aquel momento, y Delevan sonrió. Un momento después, antes de que tuviera tiempo de extraer sus llaves, la puerta se abrió y la silueta de Emma se recortó ante sus ojos.

—¡Qué tarde, querido!

—Ha sido un día tremendo, Emma —suspiró Delevan, penetrando en la casa, luego del obligado beso a la esposa.

Ella le ayudó a quitarse el gabán y el sombrero.

Sus ojos soñolientos se fijaron en el rostro cansado de Mathias, en sus ojeras, en su mirada apagada. Todo él denotaba fatiga.

—Te estás matando, querido. Debes buscar el método de evitarlo.

Los labios del esposo se alargaron en una leve sonrisa.

—Lo haré, te lo prometo —dijo—. Pero ahora dame una taza de café caliente y unas tostadas.

Ella se puso en movimiento en dirección a la cocina. Él se sentó

en el comedor y oyó el ruido de cacharros mientras Emma, trajinando, insistía:

—Es demasiado, Match. No descansas, no duermes, no haces las comidas con regularidad. Llamé a la oficina por teléfono, pero no pude hablar contigo; siempre estaba comunicando.

Delevan lanzó una rápida ojeada a su esposa.

—Ha sido un día tremendo —comentó—. No he parado ni un minuto. Conferencias con Los Ángeles, Nueva York, Cincinnati, Boston, Albany, ¡qué sé yo! Afortunadamente, ello me produce dinero...

Emma apareció con la bandeja llena de tostadas, mermeladas, mantequilla y la taza de humeante café.

—Estaría bonito que no ganaras dinero después de todo lo que trabajas. Sería como para... ¡yo qué sé!

Delevan comenzó a comer. Después de la primera tostada pareció animarse algo más. Ella se había sentado frente al esposo y lo contemplaba con amorosos ojos.

De pronto se produjo un sobresalto, y Delevan estuvo a punto de atragantarse.

—¿Qué mancha es ésta?

Emma se puso en pie, dio vuelta a la mesa y levantó el brazo derecho de Mathias.

Con sorpresa, Delevan descubrió una mancha roja en el puño de su blanca camisa.

Sintió una sacudida eléctrica recorrerle la espalda, su cerebro trabajó a gran velocidad, y, al cabo de varios segundos, suspiró:

—¡Ah! Me habías asustado —dijo, sonriente—. Pensé que me había manchado con grasa del coche. Eso otro es sangre, y creo que saldrá bien al lavar la camisa. Me he hecho una rozadura al cerrar la puerta del ascensor. Pero no me di cuenta de que se manchaba el puño de la camisa.

Hizo una pausa, para terminar:

—No te preocupes, querida; ya me lavé el rasguño en la oficina. Ni siquiera lo recordaba. Ahora es mejor que nos vayamos a la cama. Mañana me espera también un buen día de trabajo.

Se puso en pie y estiró los brazos en un desperezo largo.

Momentos después dormía profundamente junto a Emma, precisamente en el mismo momento en que una camilla en la que

reposaba el cuerpo sin vida de Peter Clinton era depositada en la Morgue, y la rubia compañera del muerto, en el puesto de socorro más próximo, volvía en sí, miraba torno y se sorprendía al verse rodeada de uniformes y caras serias y acusadoras.

—¿Qué sucedió? —pudo articular, llevándose la mano diestra a la parte superior de la cabeza y acariciándose el enorme bulto que allí había.

—Eso es lo que espero nos diga, señorita —dijo uno de los hombres uniformados, sentándose junto a la cama que ocupaba la joven.

—Espere... —Ella cerró los ojos y sometió a su cerebro a un trabajo intenso para recordar. Poco a poco, todo lo sucedido fue apareciendo ante sus ojos como en una pantalla de televisión.

Sus dedos se engarfiaron en la sábana, que la cubría, y en su rostro apareció el terror pánico.

—¡Fue horrible! —dijo con voz inaudible.

—¿Cómo?

—Estábamos solos, en la barandilla del muelle, y de pronto...

Se interrumpió para buscar protección en aquellos rostros graves, serenos, que la rodeaban.

—¿Por qué lo hizo? ¿Quiere decírmelo?

—No sé... no sé por qué lo haría. Pero se acercó como una sombra, sin hacer ruido. Tuve intención de decirle algo y él... él...

Los sollozos ahogaron sus palabras, se cubrió el rostro con ambas manos y permaneció durante varios minutos en tal actitud, sin que los guardias la interrumpieran.

Un poco más tranquila, bebió algunos sorbos de agua helada y de nuevo sus ojos buscaron comprensión entre los hombres que la rodeaban y parecían espiar cada uno de sus gestos.

—¿Cómo está Peter? —preguntó trabajosamente.

—No se preocupe ahora de eso —la tranquilizó el sargento—. Díganos por qué disparó contra él.

—Ya le digo que no lo sé. Sólo que se acercó y...

—¿Quién se acercó?

Ella miró al sargento con sorpresa.

—El que disparó, por supuesto —dijo.

—Vaya, nos va a dar trabajo la niña —comentó el sargento mirando a sus subordinados. Luego insistió—: ¿De quién era la

pistola?

—Pues... la llevaba aquel hombre.

—¿No era de Peter, ni de usted?

—No, no; en modo alguno. La llevaba el otro y disparó... Luego me dio un golpe... aquí.

Se acarició la cabeza. Un médico vestido con blanca bata cerrada en el cuello reconoció el lugar y afirmó:

—Es cierto. Ha recibido un golpe. No nos dimos cuenta de ello por la falta de sangre. No tiene demasiada importancia.

—Ha podido dárselo ella misma para despistar...

Todos se volvieron hacia el que acababa de hablar, un guardia alto y ancho, con cara de boxeador.

—No lo creo —afirmó el médico—. Pero admito que no es imposible.

—Nos lo dirá ella, ¿verdad, señorita? —continuó el sargento—. Nos dirá todo lo que sucedió sin olvidar nada.

—Ya lo he hecho, señor.

—Vamos, no me haga perder la paciencia. La diré que, cuando se hace una cosa así y se quiere pasar por inocente, es necesario antes deshacerse del arma homicida, y usted la tenía aún empuñada cuando la encontraron.

La luz de la inteligencia se abrió paso en el cerebro de la joven. No la cabía duda alguna de que aquel policía la estaba acusando de algo terrible.

Algo en ella se rebeló con violencia.

—Si usted pretende asegurar que fui yo quien disparó, se equivoca de medio a medio —casi gritó—. Estuve con Peter todo el día y lo pasamos maravillosamente. No tenía ningún motivo para pegarle un tiro de mala manera. Sobre todo, él me ofreció dinero que yo necesitaba con urgencia... Fue alguien, un hombre alto, oscuro, muy tapado, quien disparó sin dar tiempo al pobre Peter para volverse y hacer algo para evitarlo.

—¿De qué conocía a ese Peter? —Cambió el giro del interrogatorio el sargento.

—No le conocía... mucho. Era un muchacho simpático.

—¿«Era»? —La interrumpió el policía.

—Bueno... Verá —ella se confundió visiblemente, azorada, sintiéndose acosada—. Yo creo que Peter, después de recibir aquel

balazo...

—Bastante, joven, bastante. No se esfuerce más. Ya nos explicará con detenimiento todo lo que sepa.

El sargento se puso en pie, hizo un gesto a dos de sus hombres y éstos hicieron incorporarse a la rubia y la sostuvieron bien sujeta para evitar que cayera. El médico movió la cabeza afirmando y, poco después, todos los hombres uniformados, rodeando a la detenida, salían del puesto de socorro en dirección a la seccional.

Glays Benton tendría que responder por el asesinato de Peter Clinton.

Emma, junto a su esposo, no pudo conciliar el sueño. Allí estaba Math, profundamente dormido, los brazos fuera del embozo. Ella lo había contemplado con adoración durante muchos minutos; luego, con cariñosa solicitud, trató de encontrar el rasguño que él se produjo en la puerta del ascensor de, la oficina.

Pero no pudo encontrarlo por más que lo buscó.

Despacio, se echó de la cama y volvió a registrar la camisa que Mathias había dejado colocada sobre una silla.

Allí estaba la mancha de sangre, en el puño derecho.

Volvió a la cama y, de nuevo, trató de descubrir la pequeña herida. Inútil. Después de mucho buscar por diferentes partes, tuvo que reconocer que Mathias nunca se hirió en el ascensor.

Mas ¿por qué el engaño? Math no tenía por qué mentiría...

Se arrojó y cerró los ojos dispuesta a olvidar el pequeño incidente.

Sin conseguirlo. Porque la duda débil, nebulosa, sin fuerza aún, acababa de hacer su aparición en el limpio espíritu de la esposa de Mathias Delevan.

IV



NO en pos del otro, los dos coches se deslizaron raudos por la desierta carretera. Los ocupantes iban silenciosos, algunos fumaban, otros miraban a través de los cristales de las ventanillas el oscuro paisaje, salpicado aquí y allá de luces solitarias.

Media hora antes se habían reunido en el garaje. Pronto notaron la falta de Peter y alguno dio la noticia: Había muerto asesinado, al parecer, por una mujer. Lo habían dicho los periódicos.

Luego llegó el jefe y dio órdenes, explicó someramente un plan y destinó a otro hombre en el puesto del fallecido. Las palabras que como epitafio pronunció, no dejaron lugar a dudas:

—A Peter le ha sucedido algo que se estaba ganando a pulso. No

iba por buen camino. Y estoy seguro de que otro tanto le sucederá al que haga lo que él.

En todos los cerebros se acumularon los recuerdos de la vida que llevaba Peter. Y todos decidieron no imitarle.

Resultaba demasiado perjudicial para la salud.

Después subieron en los dos coches, perfectamente puestos a punto por Gilmer, incluso con variaciones de color y adornos metálicos. Un momento después dejaban atrás la ciudad y volaban por la carretera en pos de una nueva aventura.

Comenzaron las curvas cuando los coches abandonaron la ruta principal para desviarse por un caminito a la izquierda que ascendía entre raquíuticos arbolillos y matorrales bien cuidados.

Luego, la carretera se amplió, se hizo más ancha para constituir una rotonda donde había varios automóviles parados. Frente a los coches, el suelo se iluminaba en cuadrados amplios que contrastaban con las zonas en sombra. Los ventanales, grandes, rutilantes, proporcionaban una sensación acogedora.

Los motores cesaron en su ronroneo y el silencio se produjo en sus interiores. Las portezuelas se abrieron y dejaron paso libre a una suave música procedente del chalet.

Los siete hombres descendieron de los vehículos; sin prisas ni movimientos inútiles, seguros de su poder y casi su impunidad.

Con pasos lentos y actitudes de indiferencia, afectando ademanes propios de un grupo de hombres que desean pasar unas horas de esparcimiento, se aproximaron a la puerta del chalet iluminado.

Sin recelar nada, el portero, embutido en un uniforme moderno, pero dignísimo, les franqueó la entrada.

Delevan se detuvo bajo el arco que daba acceso al salón de baile. En cada una de las columnas laterales se situaron dos de sus hombres, mientras el resto se distribuía a lo largo de las paredes, deslizándose tranquilamente entre las mesas.

Cuando el jefe se dio cuenta de que cada cual estaba en su puesto, hizo la señal convenida. Entonces todos a una extrajeron sus automáticas y se hicieron visibles a la numerosa concurrencia que casi llenaba el club nocturno.

Delevan, desde lo alto de los escalones, bajo el arco de escayola, hizo oír su voz:

—¡Que nadie se mueva! Policía...

Se oyeron algunos gritos de mujer, arrastrar de sillas, voces de hombres que recomendaban calma. La orquesta cesó de tocar produciendo algunos acordes sueltos antes de enmudecer por completo.

—Les ruego calma —volvió a ordenar Delevan sin moverse—. Tenemos que llevar a cabo una misión y les dejaremos en paz cuando hayamos concluido.

Se interrumpió al ver que se le acercaba un hombre elegantemente vestido de frac, muy atildado, el rostro rojo y el miedo pintado en su expresión.

—Por favor, señor, ¿no podría proceder de otra manera? Esto será mi ruina...

—¡Cállese! Procedemos de la única manera posible.

Delevan volvió sus espaldas al hombre y bajó los escalones de mármol. Con pasos amplios y lentos, cruzó la pista de baile, observando con complacencia que hombres y mujeres le abrían paso con respeto y temor. Llegó a una puerta que comunicaba con las habitaciones interiores y se detuvo, volviéndose para ordenar:

—Que vayan pasando uno por uno.

Luego, siempre seguido por el dueño del establecimiento nocturno, penetró por la puertecilla.

Ludlow, con la pistola en la mano, se situó junto a la puerta. Tenía el ceño fruncido y los ojos vigilantes, contemplando a los grupos de personas que se aglomeraban en el centro de la pista, empujadas por los compañeros desde los cuatro ángulos del local.

—Vamos; acérquense a la puerta. No les pasará nada...

Como borregos empujados por los pastores, los asistentes al club fueron aproximándose a la puerta. Entonces, Ludlow se fijó en una pareja. Ella llevaba traje de noche, muy escotado; él, frac de corte distinguido.

—Ustedes dos: pasen —ordenó el pistolero.

—¡Ejem! Bien, no hay inconveniente —dijo el caballero.

Tomó a su pareja por el brazo y franquearon ambos la puerta guardada por Ludlow.

—Ustedes irán después —dijo éste, señalando con su pistola a los más próximos.

Los primeros recorrieron un pasillo mal iluminado hasta llegar a

una pequeña habitación llena de barriles, cajones, sacos y cosas inservibles. Allí se encontraron con tres hombres que les apuntaron con sendas pistolas. Luego, contra lo que esperaban, fueron minuciosamente cacheados y despojados de alhajas, dinero y cuantas cosas de valor llevaban encima; objetos que vieron desaparecer en el Interior de un saco de lona. Después fueron empujados sin miramientos hacia una puerta que alguien abrió ante ellos.

Dos minutos después se encontraban en un sótano oscuro, oliendo a humedad, lleno de telarañas y en el que reinaba un frío de todos los demonios. Sobre todo para la señora ligera de ropa.

El caballero no había tenido tiempo de salir de su asombro; todo fue demasiado rápido, y cuando quiso reaccionar, ya era tarde y se encontraba encerrado y despojado de todo su dinero y efectos de valor.

Momentos después se abría de nuevo la puerta y una nueva pareja hacían su aparición en lo alto de la escalera. Pudieron ver a los dos jóvenes mientras la puerta permaneció abierta, que sólo fue durante un par de segundos. Luego todo quedó en tinieblas.

Oyeron los pasos que descendían por la crujiente escalera de madera. Un pequeño grito de la mujer, tímido, ahogado. Y un taco del hombre.

A partir de aquel momento fueron cuatro personas las que estuvieron en el sótano. Cinco minutos después, seis. Más tarde nueve, once, quince, veinte...

Arriba, los tres pistoleros continuaban llenando el saco de lona. En el salón del club, los otros seguían conduciendo a los asistentes hacia la puerta.

—Usted ahora —ordenó Ludlow, a quién la expresión feroz se le iba tornando en otra de alegría, suponiendo que el saco al otro lado de la puerta estaría ya reventando.

—¿Yo? —dijo un joven alto, de cara sonriente, que iba acompañado por una joven morena, de ojos húmedos.

—Sí, usted —insistió Ludlow.

—De acuerdo. Ven conmigo, Leslie.

—Claro que sí, querido.

La joven morena obsequió a su compañero con una sonrisa encantadora y ambos, muy juntos, franquearon la puerta.

Ludlow amplió aún más su sonrisa alegre. Aquellos pipiolos no sabían lo que les esperaba, los muy idiotas. De otra manera, no habrían reído con tanta complacencia ni se hubieran mostrado tan despreocupados.

Mas Ludlow se equivocaba. Les dos jóvenes recorrieron el pasillo y llegaron a la estancia donde les aguardaban Delevan y sus ayudantes.

—Levanten las manos —ordenó el jefe de la banda, apuntando con su automática al joven.

—¿Cómo? —se extrañó el aludido dejando de sonreír—. ¿Lo cree necesario?

—¡Vamos, pronto! No tenemos tiempo que perder.

—Permítame preguntarle qué es la que buscan —dijo el joven, sin obedecer la orden del bandido.

—Eso no le interesa. Levante las manos y déjese registrar sin resistencia. De lo contrario lo sentiría, ¿sabe?

El joven no obedeció.

Por el contrario, su actitud le pareció a Delevan más insolente que antes.

—No me parece muy regular lo que están haciendo, amigos —dijo—. Por ello, antes de levantar mis manos, le ruego me enseñen sus credenciales.

—A usted no le importa nada de eso. Levante las manos o...

—¿Es que me amenaza? —sonrió el joven.

Pero la verdadera amenaza estaba en su rostro, más aún que en las palabras del bandido.

—¡Maldito idiota! —Enrojeció Delevan—. Nos está haciendo perder un tiempo precioso.

Se volvió a uno de los que estaban a su lado e hizo un gesto con la cabeza.

El pistolero se acercó furtivamente al joven. En su dedo índice de la mano derecha giraba vertiginosamente la pistola, mientras sus ojos elegían el lugar más conveniente de la cabeza del joven rebelde para aplicar la culata del arma.

—Si no quiere por las buenas... —dijo Delevan.

El pistolero que se había acercado levantó la pistola, listo para descargar el golpe en el segundo siguiente.

—¡Cuidado!

El joven se revolvió con una celeridad que contrastaba con su pasividad anterior.

Y de pronto se oyó un grito de dolor, un leve forcejeo y un golpe sordo, producido este último por el cuerpo del «gángster» al chocar contra la pared frontera.

Y el joven se sacudió las manos, como limpiándoselas de un imaginario polvo dejado en ellas por el contacto con el cuerpo del tipo derribado.

Sus ojos, serenos, firmes, de dura mirada, estaban clavados en los de Mathias Delevan.

—He pedido que me muestren sus credenciales, y lo van a hacer en el acto. Sólo entonces, cuando las haya visto, cesará mi rebeldía y les mostraré...

—¿Qué?

Delevan había retrocedido dos pasos y apuntaba con su pistola directamente al corazón del joven. La muchacha compañera de éste estaba un poco retirada y contemplaba con ojos curiosos la escena. Sin un átomo de miedo. Sólo curiosidad.

—¿Sus credenciales? —insistió el joven.

—Nuestras credenciales son éstas... —respondió Delevan agitando un poco su arma de fuego.

—No es bastante, amigo —dijo el otro—. Yo puedo mostrar esta...

Movió con rapidez su mano derecha y apareció en la palma una insignia metálica, esmaltada. Una insignia que ningún delincuente americano puede ver con tranquilidad: la de agente especial del F. B. I.

—Supongo que ahora no tendrá inconveniente en poner las cartas boca arriba —dijo el joven.

Y fueron sus últimas palabras.

Aunque el joven comenzaba a sospechar que las cosas no sucedían con normalidad, que aquellos policías no se comportaban como era debido en tales casos, aún no había llegado a una conclusión certera. Y eso fue lo que le perdió. Porque Mathias Delevan, entornados los ojos al ver la insignia odiada, no tardó ni medio segundo en apretar por tres veces consecutivas el gatillo de su pistola automática.

El joven agente recibió los tres balazos casi a quema ropa. En su

rostro apareció una expresión de sorpresa dolorida antes de derrumbarse pesadamente contra el suelo y quedar inmóvil.

De la garganta de su compañera se escapó un grito desgarrador.

—¡Alvin! ¡Alvin!

Y se precipitó sobre el caído, inclinándose, tratando de levantar la desmayada cabeza y horrorizándose al ver la sangre que salía a borbotones por los orificios abiertos por las balas y que manchaban la alba camisa de etiqueta.

Delevan, frío, con duro gesto en el rastro, ordenó al «gángster» que quedaba útil:

—¡Fuera con eso! No tenemos tiempo que perder.

El otro, el que acababa de recibir una buena lección de cómo hay que manejar las llaves y los músculos en el «*jiu-jitsu*», ayudó al compañero en la tarea de arrojar el cuerpo sin vida del agente del F. B. I.

por el hueco del sótano, después de haberle despojado previamente de la cartera, el reloj de oro y la botonadura de brillantes.

Los ocupantes del frío y húmedo sótano tuvieron desde aquel momento la compañía de un cadáver y de una mujer que sollozaba sin cesar, abrazada al muerto.

—¡Mamá!

Emma se despertó sobresaltada y se sentó en la cama, totalmente despierta.

—¡Mamá!

Era la voz de su hija, que llamaba.

Inmediatamente se tiró de la cama, metió los pies en las zapatillas forradas de piel, cogió la bata larga, de franela, que estaba sobre una butaquita y corrió en dirección al cuarto de los niños, poniéndose la bata mientras caminaba.

Encendió la luz y vio a la niña, sentada en su camita.

—¿Qué quieres, querida?

—Mat no respira bien, mamá. Lo estoy oyendo roncar...

—Probablemente no será nada. Una mala postura.

Arropó a la niña y se inclinó sobre la cuna del pequeño.

Su corazón apresuró los latidos. El niño tenía los ojos vueltos, mostrando la córnea blanca, la boca llena de espuma y la respiración anhelante y entrecortada.

—¡Mat! ¡Mat! ¿Qué te pasa, nene?

Lo zarandeó con suavidad, creyendo que así el niño volverla a la normalidad, pero sin resultado.

Comprendió que era necesario llamar al médico con la máxima urgencia. A ella no se le ocurría nada para que el niño saliera de aquel alarmante estado.

Corrió por el pasillo hasta llegar al cuarto de estar y marcó el número de la oficina de su esposo.

Era lo más conveniente. Diría a Mathias lo que sucedía y él, al regresar en el coche, recogería al doctor, puesto que le venía de camino. Era lo más rápido. Ella llamaría al médico para que estuviera preparado y no perdiera ni un minuto cuando pasara Mathias.

Aguardó con el auricular en el oído. Unos ruidos extraños, absurdos para la impaciencia que la embargaba.

Y luego, después de un golpe seco, los antipáticos pitidos que indicaban que el teléfono de Mathias Delevan estaba comunicando con otra persona.

Colgó el aparato y corrió hacia el cuarto de los niños. El pequeño Math no se había movido, ni salido de su ataque. La niña estaba aterrorizada.

Emma la hizo levantarse, la tomó en brazos y la condujo a su propia cama.

—Procura dormir, querida —la consoló. No es nada lo de Math.

Voló de nuevo hacia el niño, vio que parecía respirar más profundamente y que la crisis estaba a punto de pasar. Corrió a la cocina y llenó un vaso con agua fría. De nuevo junto al pequeño, trató de hacerle tomar un trago. Era cuanto se la ocurría hacer. Si hubiera estado allí Mathias...

Un hombre parece que conserva más la serenidad en tales casos. Incluso parece que sabe más cosas y posee más recursos.

Pero estaba sola. Tenía que resolver sin ayuda de nadie.

Corrió por segunda vez al teléfono y llamó a la oficina de Mathias. Con el mismo resultado.

Entonces llamó directamente al médico y le rogó que fuera lo más aprisa posible.

La voz soñolienta del doctor la hizo algunas preguntas, que ella respondió cómo pudo.

Luego escuchó los consejos que la daban desde el otro lado del hilo telefónico.

—Afloje todo lo que oprima al niño, mójele las sienes y, sobre todo, no pierda la serenidad, señora Delevan. Voy al momento.

Colgó. Y de nuevo estuvo junto al pequeño Math. Ahora tenía los ojos cerrados y su respiración era cadenciosa, regular. Parecía que el ataque remitía con rapidez.

Un poco más tranquila, regresó al cuarto de estar y volvió a marcar el número del teléfono de la oficina de su esposo. Estaba segura de que Mathias responderla esta vez...

Pero no. No estaba segura. Recordó que hacía días llamó también para no sabía qué y el teléfono estaba ocupado. Luego descubrió la mancha de sangre en el puño de la camisa del esposo; la declaración de él asegurándola que se había hecho un rasguño con la puerta del ascensor y su posterior comprobación de que no existía tal rasguño.

Ruidos en el auricular y, después, los pitidos que indicaban que el aparato de Mathias estaba ocupado.

Colgó lentamente. En su rostro había ahora una expresión desalentada, dolorida, cansada.

Fue a echar un vistazo al pequeño, lo arropó y estuvo durante algunos minutos contemplándolo en silencio, espionando su respiración, sus sobresaltos, sus gestos.

Se puso en pie. La expresión de su rostro cambió súbitamente. Tenía que haber pensado antes en ello...

Se precipitó hacia el teléfono y estuvo buscando en la guía febrilmente hasta encontrar la calle y el número correspondientes a la casa donde Mathias tenía la oficina. Y encontró el número del teléfono general, situado en la garita del portero.

Marcó y, después de los extraños ruidos de siempre, percibió la señal de llamada. Pero nadie acudía al aparato.

Insistió durante un par de minutos hasta que su paciencia se vio coronada por el éxito. Una voz, cansada y bronca, preguntó:

—¿Quién?

—Por favor... Soy la señora Delevan. Es urgente. Quiere subir a la oficina de mi marido y decirle que el niño está enfermo... grave.

—Lo haré, señora —dijo la voz del hombre, esta vez un poco más humanizada. Pero ¿por qué no llama usted directamente?

—Verá, es que el teléfono comunica. Mi esposo sostiene largas conferencias muy a menudo y...

—Bien, bien. Aguarde, por favor.

Esperó. Se imaginó al hombre entrando en uno de los ascensores y subiendo al piso en que estaba la oficina de Delevan. Saliendo en el pasillo y llamando a la puerta para comunicar el mensaje recibido.

Luego, su marido apresuraría el fin de su conferencia, se pondría en pie y lo abandonaría todo para bajar a la garita del portero y preguntarla detalles de lo que sucedía al pequeño. Después se apresuraría a poner en marcha el coche y volaría hacia casa...

Tuvo tiempo de lanzar una ojeada a la cuna donde estaba Math. Tranquilizada, se puso de nuevo el auricular en el oído y aguardó.

Los minutos pasaron lentos, tediosos. Pareció que transcurría un mes entero hasta que la voz del portero nocturno se dejó oír de nuevo:

—Señora Delevan, su esposo no está. Tal vez haya salido mientras yo subía en el ascensor. No he podido darle su recado.

—Gracias...

Colgó lentamente y dio varios pasos alejándose del teléfono. De pronto se detuvo y volvió a tomarlo para, marcar el número de la oficina.

El resultado fue el mismo de las veces anteriores: «Comunica».

Poco después llegó el médico, reconoció al pequeño, recetó, prescribió un tratamiento y se fue.

Emma, como una somnámbula, lo acompañó hasta la puerta del jardín. En su pecho abrigaba la esperanza de que al ir a despedir al doctor, apareciera el coche de Mathias frente al «*bungalow*», frenara y él descendiera con su aire cansado de siempre...

Pero no. La calle estaba desierta, no se acercaba ningún automóvil, todo estaba en silencio.

Eran las cuatro de la madrugada y la ciudad entera dormía.

Y Mathias Delevan, su esposo, no estaba junto a ella para cuidar del hijo.

Ni estaba en la oficina, donde dijo que iba para ultimar trabajos urgentes.

¿Dónde estaba, pues?

V



solución.

RA necesario buscar una

Estas palabras estaban frente a Mathias Delevan, no podía evitar verlas constantemente aunque lo intentara. Eran el resultado de la actitud de su esposa y comprendía que le iban a sobrevenir dificultades, si antes no encontraba una solución que tranquilizara a Emma.

Había llegado una hora después del amanecer, cuando ya estaban las dos botellas de leche depositadas en la puerta del «*bungalow*». Cogió el periódico de la mañana y penetró en la casa.

Emma estaba vestida. La dio un beso, que ella admitió con marcada frialdad.

No hizo demasiado caso, pero comenzó a ponerse en guardia. Se dirigió al comedor, tomó asiento y desplegó el periódico sobre la

mesa para leerlo, mientras ella le servía el desayuno.

A los pocos minutos tenía frente a él la mermelada, la mantequilla, el café y el pan tostado.

Comenzó a tomar el desayuno en silencio, leyendo entre bocado y bocado alguna noticia del diario. Emma se sentó frente a él y no despegaba los labios, mirándole con una fijeza que ponía los nervios de punta.

Cuando terminó encendió un cigarrillo, y afectando indiferencia, comentó:

—Estoy terriblemente cansado...

—Seguro... —dijo ella.

—Tengo que hacer algo para trabajar menos. Tal vez un ayudante.

Silencio. Ella continuaba mirándolo con una extraña fijeza, y él desconcertándose más cada vez.

Por fin, Emma soltó la noticia:

—El niño ha estado muy enfermo esta noche, Math. He llamado al médico y ha dicho que tiene que observarlo. Aún no sabe si es epilepsia o eclampsia.

Delevan abrió mucho los ojos y la boca en una expresión de asombro.

—¡Vaya! —dijo por todo comentario.

—He intentado comunicártelo para que vinieras pronto —siguió ella, comenzándose a lanzar cuesta abajo—. Pero fue imposible establecer contacto contigo.

—¿Por qué? —se extrañó él, hipócrita—. ¿Me has telefoneado?

—Sí... Te he telefoneado varias veces —susurró Emma con tono cansado—. Pero inútil siempre. Tu teléfono estaba siempre ocupado.

Delevan se rascó la barbilla.

—Es cierto —dijo—. He tenido una noche atroz de conferencias...

—No me explico por qué tienes tantas conferencias de noche —observó Emma, mirando con fijeza a Mathias—. ¿Es que tus clientes están despiertos a todas horas?

—No... Verás. Los asuntos son muy importantes y nada les importa levantarse de sus camas durante unos minutos. Por otra parte, hay una gran sobrecarga en las líneas telefónicas y dan línea

con gran demora en las comunicaciones exteriores. ¿Lo comprendes ahora?

Hubo un silencio. Los ojos de Emma estaban fijos en el esposo. Los de Delevan huían constantemente, rehuyendo el encuentro con los de ella, que acusaban implacables ya.

—Sí, debe ser como tú dices —rompió la esposa el silencio—. Por ello llamé al portero nocturno; lo hice subir a tu oficina y comprobó que no estabas allí, Mathias.

La acusación era directa e insoslayable.

—¿Eso hiciste? —preguntó Delevan después de varios segundos de silencio.

—Tenía la obligación de encontrarte, Mathias. El niño estaba en pleno ataque y me encontraba muy sola.

—¡Ejem! Tal vez fue en el momento en que me acerqué a la cafetería a tomar algo... Sí, seguro que debió ser entonces cuando el portero subió. Y, claro está, no me encontró.

—Pero tu teléfono «comunicaba» y, por lo tanto, «tú» «tenías» que estar hablando en aquel momento.

Si aquello no era una acusación, al menos se le parecía mucho.

—Bueno... No sé qué pudo pasar —protestó sin demasiado convencimiento el hombre—. Tal vez una avería en el aparato...

—«Tú» sabes que no es así.

Meditó, tosió, encendió un nuevo cigarrillo. Ganó tiempo para encontrar una salida airosa, pero sin conseguirlo.

—No sé, querida, no me lo explico. Yo estuve trabajando toda la noche, hablando por teléfono. Sólo salí unos minutos para tomar una taza de café. Si el portero hubiera mirado a la calle, habría visto allí, aparcado, mi automóvil. Es un imbécil, porque, en ese caso, podía haber aguardado a que yo llegara y, de esta manera, me habría enterado antes de lo del niño.

Era un razonamiento, después de todo, y se aferró a él con desesperación.

—Eso es lo que debió hacer ese estúpido —siguió—. Si lo hubiera hecho, no tendrías tú ahora esas dudas tan tontas que están atormentándote.

Emma, tuvo a flor de labios la acusación concerniente a la mancha de sangre y a la inexistente herida en el brazo de su esposo, pero no los despegó. También ella deseaba con ardor encontrar una

excusa para Mathias, un motivo al que aferrarse y desvanecer sus dudas.

Por ello, el detalle del automóvil en la puerta de la oficina era bastante bueno. Y lógico.

Cesó en su ataque. Juntos hicieron una visita al niño en la cama. Juntos, muy juntos, estuvieron mirando al pequeño dormido.

Después se miraron largo rato. En el rostro de Mathias Delevan había una sonrisa de hombre bueno y comprensivo.

En los ojos de Emma, lágrimas que se desbordaban y corrían por las mejillas.

En el ánimo de él, deseo de encontrar una solución que compaginara bien sus actividades nocturnas con los celos que comenzaban a asomar en su esposa.

En el pecho de ella unas dudas más firmes, un recelo más corpóreo de que su esposo la abandonaba, abandonaba su hogar y sus hijos.

Tal vez por otra mujer. Tal vez...

Orting tenía aspecto de universitario. Era alto, delgado, usaba gafas de fina montura de oro; joven, inteligente... a pesar de todo. Ni él mismo sabía por qué se encontró metido hasta las orejas en la banda de Delevan. Mejor dicho, sí lo sabía, pero lo que no comprendía era cómo fue tan estúpido que no supo zafarse a tiempo.

Ahora no tenía más remedio que seguir adelante. Todos estaban ligados por la misma cadena de hechos delictivos. La silla eléctrica sería el final adecuado para todos. Y no cabría alegar que él procuró en todo momento no asesinar a nadie. No le harían caso y tendrían razón, porque era tan culpable como cualquier otro miembro de la banda.

Aquel día estaba de un humor sombrío. En el reparto, en la oficina del garaje, con los dos coches desarmados abajo, había experimentado una extraña sensación. Primero fue la ausencia de Peter. Luego, los ojos del jefe.

Por lo visto tenía predilección aquella mañana por él. No dejó de mirarlo con unos ojos glaucos, inexpresivos, fríos.

«Como miraba a Peter antes de que éste fuera encontrado muerto».

Salió del garaje con los bolsillos llenos de billetes. Era estupendo

que Delevan tuviera agentes que le compraban las cosas robadas y le cambiaban los billetes por otros. Por ello siempre pagaba en dinero a sus hombres y éstos podían gastarlo sin preocupaciones.

Caminaba por la calle abstraído en sus pensamientos, luchando en su interior la idea de la muerte de Peter, los ojos del jefe y la satisfacción de poseer dinero en abundancia.

Lo mejor sería tomar un trago o varios y se le pasaría la murria.

Penetró en un bar conocido y tomó asiento en un alto taburete junto a la barra.

En el acto lo sintió. Todo el bar aquel hacía recordar a Peter, y Orting deseaba todo lo contrario. Pero ya era tarde, porque no fue capaz de decirle al del mostrador que no quería tomar nada y que se marchaba.

—Un «martini» seco —pidió.

Extrajo un cigarrillo y lo encendió. Luego, con maquinales movimientos, se quitó las gafas y procedió a limpiarlas con el pañuelo para ponérselas después.

Paseó una mirada circular por el establecimiento. No había mucho público a aquellas horas, pero tampoco estaba vacío. Varios hombres y mujeres tomaban sus aperitivas.

Giró en su banqueta al oír su nombre.

—¡Pero si es Bob Orting! ¡Qué alegría!

Vio a la chica que iba a su encuentro. Y de nuevo lamentó haber entrado en aquel bar.

Porque la joven rubia que se le acercaba con muestras de alegría en el rostro, no era otra que Grays Benton. Hacia algún tiempo que se la presentó Peter, y Orting sabía que ella iba con el compañero la noche en que éste fue asesinado.

Por lo visto no había manera de olvidar cuando más deseoso estaba de ello.

Con gran desenvoltura, Grays se encaramó a una banqueta junto al joven, pidió un aperitivo, cruzó las piernas y se encaró con Orting:

—¿Tienes un cigarrillo? Hace un siglo que no fumo...

El alargó el paquete y, después, presentó la llama de su encendedor. Grays aspiró con deleite el humo y lo lanzó muy despacio por boca y nariz.

—Estupendo, chico —exclamó—. Necesitaba encontrar a un

amigo después de todo lo que pasó...

Frank Orting adivinó el estremecimiento que experimentó la joven al decir sus últimas palabras.

—Sí, ya sé —dijo con cara de circunstancias—. Lo leí en los periódicos. Debió ser un mal trago para ti...

—Peor lo fue para el pobre Peter; aunque, bien mirado, ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de lo que se le iba encima.

—Ya —Orting pareció meditar durante un segundo—. Y... ¿Cómo conseguiste librarte de la acusación de la Policía? Porque te cargaban a ti todas las culpas.

—No fue sencillo, y me ha costado estar casi una semana entre rejas; pero al fin pusieron las cosas en claro y me soltaron ayer por la tarde.

—Y entre nosotros —sonrió el joven «gángster» al hablar—. ¿Tuviste algo que ver con lo que le pasó a Peter?

—¡Absurdo! —se escandalizó ella—. No tenía ningún motivo para... hacerlo. Ni siquiera habría podido si hubiera tenido algo contra él.

—Ya, ya —calmó Orting—. Era sólo para oírtelo decir.

—Olvidémoslo, Frank —Glays hizo un gracioso mohín, manejando con desenvoltura el cigarrillo—. Oye: ¿por qué no me invitas a comer? Bueno, si no tienes otra cosa mejor que hacer.

Orting permaneció con los labios apretados.

—Podríamos pasarlo bastante bien...

Se dio cuenta de la actitud del hombre, indeciso.

—Por otra parte, claro que no sé si estás en fondos o no tienes deseos de invitarme. Tal vez otra chica... Pero me harías un favor...

El continuó en silencio; parecía no prestar ninguna atención a lo que Glays proponía. Sus ojos, fijos, estaban como clavados en algún punto situado a espaldas de la joven, pero ella no se fijó en ello y siguió intentando salirse con sus deseos.

—Bailaríamos después. Conozco un sitio...

Frank Orting había entornado los ojos; en su cerebro se estaba formando una idea, nebulosa, vaga, pero real a la vez. Algo que presentía flotaba dentro de su cabeza.

Glays Benton se dio cuenta en aquel momento de que el hombre no la hacía ningún caso; aplastó su cigarrillo y saltó desde lo alto del taburete.

—Bueno, chico —dijo—. Ya veo que hoy no estás de humor. Ya nos veremos otro día, ¿verdad?

Frank Orting oyó sus palabras, pero no las digirió al momento. Sólo cuando la joven comenzó a alejarse, aburrida, fue capaz de salir de su abstracción.

Saltó al suelo, salvó la distancia que lo separaba de Grays y la detuvo cogiéndola por un brazo.

—Espera, chiquilla —dijo—. Estaba distraído, perdona... Creo que sí podíamos comer juntos y luego ir a bailar a cualquier sitio.

El rostro de ella se iluminó con una agradable sonrisa de felicidad, a la vez que pensaba que el problema del sustento de aquel día comenzaba a aclararse.

—¡Estupendo, Frank! Te llevaré a un sitio nuevo que no conoces...

—Donde tú quieras, con tal de que esta noche podamos pasear por algún sitio solitario, tal y como lo hiciste con Peter la noche en que...

Ella hizo un gesto de desagrado, pensando que Frank Orting tenía caprichos raros y un tanto macabros, pero se sobrepuso con rapidez.

—Como tú quieras... —Y sonrió.

—Bueno...

Él fue a decir algo, pero lo pensó mejor y, tomando a la joven por el brazo derecho, salieron del bar después de dejar sobre el mostrador un billete de Banco.

En la calle, Orting consultó su reloj.

—Es la hora de reponer fuerzas, nena —dijo.

—Sí, Frank. De veras que tengo apetito. Mira, allí hay un taxi.

Y fue a apresurar el paso. Pero él la retuvo.

—No, espera —dijo—. No me gusta la marca de ese coche, ¿sabes?

—Como quieras...

Caminaron. Él iba en silencio, sin escuchar la catarata de palabras que salían de la boca de la joven. Llegaron a una vía principal y descubrieron una larga fila de automóviles de alquiler.

Se dirigieron hacia el primer vehículo, y Orting abrió la portezuela para que subiera Grays en primer lugar. Ella no dijo nada cuando tomó asiento en el interior del vehículo, pero se dio cuenta

de que era un automóvil de la misma marca y modelo que el que anteriormente despreciara su acompañante.

—Al Club Náutico —ordenó al chófer, y se arrellanó en el asiento cuando el coche se puso en marcha.

Ella continuó charlando por los codos, pero Orting la interrumpió bruscamente con una pregunta absurda:

—¿Tienes una polvera?

—¿Una polvera? ¡Claro!

—Dámela.

Grays abrió su bolso y alargó una cajita plateada a Orting.

—Supongo que este chisme tiene espejo, ¿verdad?

—Sí; ahí lo tienes.

Lo abrió y entregó el espejito circular a Frank.

Él lo levantó hasta la altura del rostro, y pareció contemplarse durante algunos minutos, mientras ella lo miraba hacer en silencio.

Sonrió Orting. Y Glays le oyó murmurar algo a media voz. Algo que no entendió al principio, pero que, después de darlo vueltas en su cerebro, llegó a aclararlo en parte.

«Condenado a muerte, como lo imaginé».

—¿Decías?... —inquirió Grays.

—No decía nada, chica. He aclarado algo muy importante gracias a tu polvera.

—Estás muy enigmático...

—¡Je! Mucho. Y... vamos a separarnos ahora mismo.

—¡Frank!

Había desolación y desencanto en la exclamación de Glays. Algo que se derrumbaba.

Con lágrimas en los ojos, dejó que Orting diera la orden al chófer para que detuviera el coche. Él estuvo pagando, recibió el cambio y entonces alargó un billete grande a Glays.

—Toma, querida. Acéptalo.

Ella movió la cabeza, negando.

—No... no quiero...

—Guárdalo. Ya sé que estás necesitada de dinero. Me lo devolverás otro día.

—Pero yo llegué a pensar que estaríamos juntos hoy, charlando...

Orting abrió la portezuela del coche y descendió a la acera;

después se volvió, metió la cabeza y sonrió a Glays Benton.

—Es mejor que nos separemos ahora, chiquilla —dijo a manera de despedida, sonriendo—. Es mucho mejor para mí y para tu seguridad.

—Pero ¿por qué, Frank? —Se aferró ella a las solapas de Orting.

El alzó sus manos y acarició las de la joven con una dulce sonrisa en su rostro de joven estudiante.

—No te conviene tener ahora cuentas con la Policía, Glays —dijo—. Y si continuáramos juntos, te verías en un aprieto muy parecido al que acabas de salir.

Se desasíó de las manos de Glays, aún aferradas a sus solapas, y cerró con energía la portezuela del taxi.

Ella lo vio alejarse con pasos amplios por la acera, hasta que se perdió entre los transeúntes.

Quedó sentada en el interior del automóvil, irresoluta, afectada por las palabras que Orting dijera. Pensó con detenimiento en ello y en la rara actitud del joven.

De pronto recordó el pequeño y extraño detalle de la polvera. La sacó con mano nerviosa y se miró en el espejito durante varios segundos.

No advirtió nada de particular en su rostro. Si acaso, un poco demacrado por la preocupación y las emociones de los días precedentes, a partir del asesinato de Peter junto a ella.

Claro que Frank Orting no miró el rostro de ella, sino el suyo propio.

Estaba claro que era en su cara, en la de él, donde había visto algo que no le gustó y le hizo cambiar de idea.

Glays pensó que tal vez fuera mejor así. Pero la habría gustado averiguar todos los motivos reales que impulsaron a Orting a dejarla súbitamente.

De nuevo se miró en el espejito y, con la barra de carmín, se retocó los labios.

Advirtió que el conductor del taxi tenía el rostro vuelto, mirándola, en espera de sus órdenes.

Se inclinó un poco hacia adelante para darle una dirección. Y con el movimiento de su cuerpo desplazó un poco el espejito que tenía frente al rostro.

Fue entonces cuando descubrió otro taxi a, pocas yardas detrás

del que ella ocupaba. Y se hizo la luz en su cerebro. Recordó todos los detalles de su conversación con Orting, su actitud, a veces un poco ausente, mirando por encima de ella.

Ya no la cupo duda de que Frank Orting acababa de huir de alguien. Tal vez del mismo asesino de Peter.

Se estremeció, aterrorizada, y volvió el rostro cuando el taxi se puso en marcha. Miró a través del cristal de la ventanilla posterior, temerosa de que el otro coche arrancara también en su seguimiento. Sí tal cosa hubiera sucedido, se habría vuelto loca de miedo.

Pero no fue así. El taxi sospechoso se mantuvo inmóvil, para perderse de vista cuando el que ocupaba Glays viró hacia la derecha por una calle lateral.

La joven emitió un suspiro hondo.

Y se sintió feliz.

En sus manos llevaba un billete de quinientos dólares entregado por Frank Orting. Y además, experimentaba la agradable y escalofriante sensación de haber escapado a un peligro inminente y horrible.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Únicamente puede comparárseles con ella, otra nueva
creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión
justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

MENDOZA COLT!

VI



E de ir personalmente a visitar a un cliente. Cuestión de veinticuatro horas, o tal vez menos. ¿Quieres ponerme en la cartera la máquina de afeitar, jabón y una toalla?

Emma miró a Mathias Delevan, y en silencio preparó lo que el esposo pedía.

Al escuchar sus palabras, tuvo un estremecimiento y sintió como si el corazón se le encogiera bruscamente. Ella tenía sospechas, pero eran las sospechas que una esposa tiene alguna vez en la vida con respecto a su marido. La mayoría de las veces sin motivo. Era eso tan desagradable que se llama celos.

Él decía que iba a la oficina, y resultaba que no estaba en ella. Él

decía que se había herido, y no presentaba ninguna herida. Y ahora afirmaba que iba a visitar a un cliente.

¿Era verdad? ¿Era sólo un pretexto para permanecer fuera de casa un par de días? ¿Con otra mujer?

Las lágrimas asomaron a sus ojos cuando pensó que podía ser una fuga definitiva.

Amaba a Mathias. Esto era innegable. Además, aunque así no hubiera sido, estaban los dos niños...

Estaba angustiada y sin saber qué hacer.

Entregó la cartera a Mathias, y éste sonrió.

—No hay más remedio, querida —dijo él—. Espero volver muy pronto. Seguramente mañana estaré de vuelta.

Se inclinó para besar los fríos labios de ella. Después la dio en una mejilla varios cachetitos cariñosos y abrió la puerta.

—Espero que no tengas dificultades, Emma —dijo, lanzando una mirada al cuarto, donde los hijos jugaban cerca de la chimenea.

—Ven pronto, Math —sollozó ella.

—Lo antes posible.

—¿No hay medio de que... dejes eso?

—Imposible, querida. Es necesario ganar dinero. Para ellos y para nosotros. Pero te prometo arreglar las cosas de manera que no tenga que faltar demasiado tiempo de casa.

—¿Ni trabajar por las noches? —Había un rayo de esperanza en la pregunta de Emma, esperando con ansia la respuesta.

—Ni trabajar de noche, querida. Ya verás cómo lo consigo muy pronto.

Salíó. Fuera estaba el coche, al que subió. Lo puso en marcha, y al arrancar hizo un gesto de despedida a la esposa, que permanecía en la puerta del «*bungalow*».

Ella agitó también su mano diestra hasta que el automóvil desapareció en la distancia.

Se apeó frente a la puerta del edificio donde tenía su oficina. Saludó al portero, el cual le hizo un guiño de complicidad. Penetró en el ascensor farfullando la palabra imbécil treinta veces por minuto. Unos momentos después tomaba asiento en su butaca, ponía los pies sobre la mesa de despacho y fumaba incansablemente cigarrillo tras cigarrillo, consultando el reloj de cuando en cuando con impaciencia.

Por fin llamaron a la puerta, y dio permiso para entrar, luego de bajar los pies y adoptar una postura más propia de un hombre que está trabajando.

Penetró un chino.

—Su «lopa, señor».

—Déjela sobre esa silla.

El chino obedeció. Luego extrajo un talonario de uno de los bolsillos de su guardapolvo blanco y escribió algo antes de alargar una hoja a Delevan.

—Bien, tome.

Mathias Delevan pagó, dio una propina al mandadero de la lavandería y se enfrascó en su «trabajo» hasta que el oriental cerró la puerta a sus espaldas.

Entonces se puso en pie, cogió la ropa limpia que el otro había dejado sobre la silla y procedió a cambiársela por la que llevaba puesta.

Era un rito que no pensaba variar nunca más. Cuando... «eliminó» a Peter Clinton, cometió la estupidez de ir con la misma ropa que usaba corrientemente en casa, con la que había salido de su hogar. Ello le acarreó una dificultad con Emma, que no deseaba se repitiera.

Ella, la esposa, se mostraba algo... extraña y recelosa. Estaba seguro de que tenía sospechas, y era necesario desvanecerlas antes de que las dificultades menudearan y se hicieran intolerables.

Había meditado mucho en los últimos tiempos. Tenía buenos proyectos. No en vano era un hombre inteligente, cosa de la cual estaba absolutamente convencido, y lo tenía a gala.

En primer lugar, había estudiado la posibilidad de instalar en su oficina un aparato automático para que respondiera a las llamadas telefónicas en su ausencia. Sabía que esto era posible valiéndose de un magnetófono. Mas también podía resultarle fallido en el momento en que Emma, al llamar, formulara preguntas distintas a las que él podía prever.

Por ello, desistió del proyecto. Pero había otra idea más factible, que tenía en estudio desde hacía algún tiempo.

Él se consideraba especialista en coartadas. Por ello, le habían resultado muy bien todos sus «negocios» nocturnos. Siempre pensó que no dejaba ningún cabo suelto, y que sería imposible que se le

descubriera.

Pero también, en el fondo, además de ser un canalla, era un hombre de hogar, un padre amante de sus hijos y de su esposa. No quería líos con Emma, no deseaba en modo alguno que su propia mujer llegara a descubrir sus actividades.

Y, sin embargo, lo temía. Cuando una mujer tiene una leve sospecha, no parará hasta aclararla por completo. Y Emma, en ese aspecto, era una mujer como otra cualquiera.

Para evitar las sospechas y ulteriores investigaciones de Emma, era preciso acabar con sus salidas nocturnas.

Y ahí era donde entraba su idea. Se convertiría en un jefe oculto. En un «boss» que no daría la cara; sólo órdenes, que sus hombres, por mediación de un segundo, se encargarían de cumplir a raja tabla.

Que esto saldría bien, estaba seguro. Bastaría con despachar a cualquier «gángster» díscolo o indisciplinado y sentar un precedente.

Para ello no necesitaba salir precisamente de noche. Podía hacerlo a cualquier hora y aprovechando la ocasión propicia.

Establecería un cuartel general bien montado y se convertiría en la eminencia oculta, pero implacable, que sabe todos y cada uno de los movimientos de sus hombres y que premia o castiga en el acto.

Aquella noche iba a hacer la primera experiencia. Tenía su plan.

Adams era el elegido para segundo. Él iba a ir con los chicos hasta las proximidades del lugar elegido para dar el golpe. Pero no obraría personalmente, como otras veces anteriores. Se limitaría a presenciar cómo sus hombres cumplían sus órdenes e instrucciones dictadas de antemano.

Seguro que Adams, una vez que viera que sus ganancias aumentaban, sabría ponerse a la altura de las circunstancias.

Una vez vestido de pies a cabeza con ropas distintas a las que saliera de su casa, comprobó que la «*Parabellum*» estaba cargada y en perfecto estado de funcionamiento; lanzó una ojeada circular a la oficina y sonrió al fijarse en el teléfono, esta vez colgado en su percha y en disposición de recibir todas las llamadas de fuera.

Se encasquetó bien el sombrero y salió, cerrando con llave.

Bajó por las escaleras y alcanzó el rellano inferior. Más no salió a la calle hasta comprobar que el portero estaba entretenido.

Unos minutos después hacia su aparición en el garaje.

Allí estaban sus hombres aguardándole. Los coches preparados y con las más elementales innovaciones en sus estructuras.

Todos sus hombres se pusieron en pie.

—Hola —saludó—. ¿Alguna novedad?

Respondieron que no, y Delevan los pasó revista uno por uno, mirándolos por espacio de un par de segundos directamente a los ojos y sin pestañear. En la actitud del domador de fieras que sabe que los leones le temen con sólo una mirada.

Todos bajaron los ojos al sentir el peso de los del jefe. Todos se mostraron sumisos. Todos estaban bajo las órdenes de él. Todos... menos Frank Orting.

Se dio cuenta en el acto. Orting fue el único que no desvió su mirada, el único que no mostró temor alguno, el único que, lejos de sentirse acobardado y mostrarse servil, aguantó la mirada de Delevan con una leve e irónica sonrisa en el rostro y haciendo girar su llavero, colocado en una pequeña cadena, como si fuera una hélice de avión.

Delevan insistió en su mirada. Creyó que, en efecto, con sólo la fuerza de sus ojos podría aniquilar al muchacho y hacerle sentir su superioridad.

Pero Orting no parecía darse cuenta de la actitud del jefe y persistía en su sonrisa despectiva e inconsciente.

Estaba suicidándose, sencillamente.

—Aguardad unos minutos —dijo Delevan, aprovechando un movimiento de Gilmer en uno de los automóviles para desviar su mirada de los ojos de Orting—. Sígueme, Adams.

Subió las escaleras que conducían a la pequeña oficina superior, penetró en ella y mostró una silla al «gángster» que lo había seguido.

Éste se mostraba receloso, en espera de lo que fuera a decirle el jefe. Le temía.

Pero se equivocaba aquella vez. Delevan le hizo sentirse feliz al llegar a comprender que era nombrado lugarteniente del jefe y que ganaría mucho más que hasta entonces.

El discurso de Delevan fue breve, pero sustancioso, y Adams fue un hombre, a partir de aquel momento, que sabría dar incluso la vida por la del que le elevaba por encima de los demás.

—Para probar tus aptitudes quiero que dirijas el golpe de hoy. Después de oír mis instrucciones, se entiende. Tú, una vez que sepas lo que hay que hacer, te limitarás a cumplir mis órdenes, pero serás el único que las de en el terreno del peligro, ¿entiendes?

—Perfectamente, jefe —respondió Adams, con el rostro radiante.

—Pues a ver cómo te portas.

Delevan se puso en pie y ofreció un cigarrillo al otro.

—Al que quiero que vigiles especialmente es a ese Orting —prosiguió, encaminándose a la puerta—. No me gusta; de la misma manera que no me gustaba Peter Clinton.

—Es joven, claro...

—No. Es idiota. Y tipos así son capaces de echarnos a todos al foso.

—Sí, sí... —afirmó Adams, sin llegar a comprender del todo.

—Los que se dedican a nuestra... «profesión» no tienen derecho a hacer ostentación de un dinero ganado fácilmente. Es mi caballo de batalla. Y a ése se le ve tirarlo estúpidamente. O lo que es lo mismo: la Policía no tardará en vigilarlo al ver que no tiene ninguna fuente de ingresos reconocida y honrada.

—Claro, claro...

—Ya le he advertido, como advertí a Peter —siguió Delevan—. Pero tengo la impresión de que no quiere hacerme caso. Por lo tanto...

—Comprendido, jefe —susurró Adams—. ¿Quiere usted que sea yo quien...?

—No. No hagas nada. Sólo quiero que lo coloques cerca de mí cuando asaltemos esta noche. Nada más.

Adams sonrió con complicidad.

—De acuerdo.

—Él no sospechará nada, porque serás tú quien de esta noche las órdenes. De lo demás me encargo yo.

Salieron y bajaron las escaleras hasta llegar al grupo de pistoleros que aguardaban junto a los automóviles.

Delevan se colocó en el centro de ellos y anunció:

—Adams ha sido nombrado mi segundo, amigos. Le obedeceréis como a mí mismo desde ahora. Es el más veterano en estos... «negocios», valiente y sabe lo que se hace. Va a dirigir el golpe de esta noche.

Dio algunos pasos hasta llegar a la portezuela del primer coche y puso su mano en la manija.

—Cuando quieras, Adams.

—Adelante —dijo el aludido, radiante de satisfacción el rostro.

Unos momentos después, los dos coches salían de la nave, los cierres bajaban y todo quedaba en silencio.

Los dos automóviles quedaron bien ocultos fuera de la carretera, metidos en el bosquecillo y los hombres caminaron agachados y sin producir ruido alguno en dirección a la orilla del lago.

Las aguas del Michigan brillaban, rieladas por la luna; las ramas de los espesos árboles rumoreaban mecidas por la suave brisa nocturna. Hacía frío o tal vez los hombres lo sentían nerviosamente.

Adams se detuvo y toda la fila que seguía lo imitó.

Estaba junto a un poste telefónico, la palma de la mano derecha apoyada en la áspera madera.

—Arriba, Ludlow —dijo en un susurro.

El aludido salió de su inmovilidad para avanzar hasta situarse junto al segundo de la banda.

—Sube y corta —dijo Adams.

No mediaron más palabras. Ludlow, como un gato, trepó ágilmente y en silencio. Un momento después bajaba.

—Ya está —anunció.

Un cable colgaba sobre la hierba. Los habitantes del chalet en que habitaba McTavish estaban incomunicados a partir de aquel momento y los «gángsters» tenían las manos libres, seguros de que no serían molestados por la inoportuna llegada de la Policía.

Avanzaron aún unos cuantos pasos y Adams se detuvo de nuevo para dictar sus órdenes como un general en el campo de batalla.

—Quédate aquí. Orting —dijo en el mismo tono de voz bajo que había empleado antes—. Y usted, jefe, me gustaría que también quedara en este lugar. Recuerde que no se puede dejar ver en la casa.

—Sí. Voy a quedarme cerca de los coches —dijo Delevan con cierta indiferencia—. Esta vez no puedo acompañaros.

Los demás individuos miraron al jefe con sorpresa. No estaban acostumbrados a que Delevan escurriera el bulto ante el peligro.

Mathias comprendió lo que pasaba por la imaginación de sus pandilleros, y aclaró:

—Ya le he puesto al corriente a Adams de lo que sucede. Me conoce en la casa y podrían identificarme. No me conviene. Por otra parte, ya sabéis que no me «arrugo» nunca...

—No necesita dar explicaciones, jefe —le ayudó Adams—. Usted se queda y nosotros sabemos que tiene motivos para hacerlo. La cosa será sencilla de todas maneras. Vamos.

Volvió sus estrechas espaldas, seguro de que los demás le seguirían sin objetar nada.

Así fue, en efecto. Las sombras encorvadas de los pistoleros se perdieron en el intrincado bosque a orillas del lago Michigan, y Delevan quedó junto a Orting.

—La cosa será fácil, pero conviene que guiemos a los nuestros en la retirada hacia los coches.

La explicación estaba fuera de lugar, era innecesaria y Orting miró al jefe en la oscuridad. Sus ojos relampaguearon con viveza taladrando las tinieblas para descubrir alguna señal en el rostro de Delevan que le indicara el peligro.

Pero tal cosa era casi imposible. La luna estaba oculta por espesos nubarrones y sólo de vez en cuando podía hacer pasar sus plateados rayos por entre la tupida vegetación que había sobre las cabezas de los dos hombres.

Mas Orting no necesitaba ver la expresión del rostro del otro. Estaba seguro de que si se habían quedado juntos, era única y exclusivamente para algo que le concernía muy directamente.

Sacada esta consecuencia, permaneció alerta en todo momento para que Delevan no pudiera salirse con la suya.

No se atrevieron a encender cigarrillos, por lo que la espera comenzó a enervarlos paulatinamente.

Nada se oía del lado de la casa de McTavish, ni un rumor, ni un ladrido, ni un grito. Sólo el susurro de las hojas de los árboles en el bosque perteneciente al millonario.

—Será un buen golpe —rompió el silencio Delevan—. Muy productivo y casi sin peligro.

—Bueno.

Otro espacio sin palabras, sólo con el rumor de las ramas sobre sus cabezas.

—McTavish guarda alhajas y dinero en su casa. Lo entregará sin resistencia en cuanto vea que los muchachos van por ello, decididos

y armados.

—¿Y los criados?

—Cuatro Idiotas que se morirán de miedo. No cuentan.

—Bien.

Orting no daba pie para que la conversación se sostuviera durante más tiempo y sirviera para hacer más corta la espera. Estaba pendiente de todos y cada uno de los movimientos del hombre que estaba a dos pasos de distancia. Del hombre que había matado a su amigo Peter y que estaba dispuesto a matarlo a él también.

Silencio. La casa estaba algo más lejos, entre los árboles y matorrales del jardín, siluetada por las brillantes aguas del lago detrás de ella. Ni un ruido. ¿Habrían llegado ya los muchachos? ¿Estarían dentro apuntando con sus pistolas a los dueños y criados para que les entregaran todas aquellas riquezas que poseía McTavish y que los periódicos se encargaban de airear todos los días en informaciones que eran toda una tentación?

Era necesario esperar con paciencia.

Delevan dio varios pasos y Orting se envaró, su mano diestra acariciando la culata de su automática.

Comenzaba a impacientarse de veras. ¿A qué esperaba aquel tipo? ¿Cuándo descubriría sus intenciones? Porque él no se distraería ni un solo segundo. De eso podía estar seguro Delevan. No le sorprendería como al pobre Peter y, por tanto, nunca podría meterle una bala en la nuca a traición. Mucho antes, sería él quien dispararía contra el asesino.

La tensión aumentaba en el ánimo de Bob Orting. Comenzaba a hacerse intolerable hasta el punto de que incluso la respiración del jefe se le antojaba de mal augurio.

De la casa sólo llegaba silencio.

Ya podían darse prisa los compañeros y acabar de una vez con el asalto a mano armada a la mansión de McTavish. Deseaba ardientemente que aquella insostenible situación acabara cuanto antes. Luego, cuando estuvieran de regreso, se encargaría de poner tierra por medio, y Delevan. Adams y todos los demás no volverían a saber nada de Bob Orting en el resto de sus existencias.

Pero no se ola nada. Y su estado de nervios empeoraba por segundos. Tenía el dedo índice de la mano derecha rodeando el

gatillo de su pistola. Los ojos fijos en la silueta de Delevan, la respiración anhelante...

De pronto, algo se movió sobre su cabeza. No fue la brisa nocturna. Tal vez una ave que se removió aleteando o un insecto que zumbó por cualquier motivo oculto.

Fue lo bastante para que los nervios de Orting saltaran como muelles de acero bien engrasados.

Dio un salto de costado y extrajo la automática.

—¡Cerdo! —gritó—. ¡No lo conseguirás! ¡No me asesinarás como a Peter!

—¿Qué dices, Orting? —se asombró Delevan—. Yo, no...

Sonó un disparo. Luego otro. Y Delevan se derrumbó pesadamente sobre la húmeda hierba.

Orting dio un grito de triunfo y echó a correr velozmente por entre los troncos hasta llegar al lugar donde estaban los automóviles.

Un momento después, el motor de uno de ellos ronroneaba muy acelerado. Ballesteó antes de salir a la carretera y aumentó la velocidad sobre el asfalto hasta perderse camino de Chicago.



Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

VII



ENRY Baker empujó las puertas de vaivén y penetró en la sala general de agentes. Es seguro que sí, en aquel momento, otro individuo hubiera intentado salir, habría sido atropellado irremisiblemente, derribado y maltrecho, tal fue el ímpetu empleado por el joven agente especial del

F. B. I.

Sorteó las numerosas masas que había en la sala, en algunas de las cuales trabajaban compañeros estudiando casos, redactando informes o simplemente meditando.

En pocas zancadas llegó a la mampara de cristales esmerilados, y a pesar de que existía un letrero de gruesas letras negras, perfectamente legible a media milla de distancia y que indicaba que

por la pequeña puerta no se podía entrar sin antes ser anunciado por el ordenanza, Baker la empujó tan violentamente como las que había atravesado para llegar hasta allí desde la calle, contando con la del taxi que lo dejó frente al edificio de la División del

F. B. I.

en Chicago.

Avanzó por el despacho del inspector jefe y se detuvo junto a la mesa, apoyando en ella las palmas de las manos e inclinándose sobre el superior, que alzó la cabeza para mirarle y frunció el ceño por los modales poco académicos empleados por el joven agente.

—¿Qué hay, Baker? —dijo el inspector con suave tono de voz.

—He reunido toda la información, señor —comenzó Henry Baker—. La «Metro» me lo ha entregado todo para que continuemos nosotros. ¡Le aseguro que...!

—¡Calma, querido, calma! —Le sosegó el jefe con mesurados ademanes—. ¿Qué trabajo tenías entre manos?

—El asesinato de Alvin Berry, señor.

El inspector jefe se echó hacia atrás en su sillón y miró con fijeza a su subordinado.

—¿Qué hay con eso? —inquirió.

—Fue a sangre fría, señor. He leído el informe de los guardias y no medió lucha ni los criminales pueden alegar que se defendieron ni nada por el estilo. Dispararon a plena conciencia, sabiendo que mataban a uno de los nuestros.

—Bien, ¿qué más?

—Señor, le ruego me entregue el caso. Berry y yo cursamos juntos en Quantico. Nada me gustaría más que llevar a la silla al que hizo esa sucia faena.

—Bueno, ya veremos eso más tarde. Ahora deseo que me pongas al corriente de lo que sucedió para que Berry encontrara la muerte.

—Un atraco a mano armada, señor —dijo Henry Baker tragando saliva—. Él estaba con su prometida en un Club nocturno cuando llegó un grupo de pistoleros. Se hicieron pasar por policías para registrar y despojar a todos los concurrentes. Berry pidió credenciales y le trataron de mala manera. Entonces enseñó su chapa y... dispararon sobre él. Murió casi en el acto, según Leslie y el forense.

—¿Quién es Leslie?

—La novia de Alvin. Lo presencié todo. Luego arrojaron al muerto a un sótano, donde ya estaban encerrados los que habían sido robados sin resistencia. Debió ser un mal trago para la pobre muchacha; aún estaba afectadísima.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, señor. Me he hecho con toda la información que hay sobre el asunto y que obraba en poder de los guardias. Me lo han traspasado con mucho gusto porque estaban un poco perdidos.

El inspector jefe de la División pareció meditar profundamente, mirando con los ojos entornados al agente especial, que aguardaba al otro lado de la mesa.

—Bien... Creo que vas a encargarte del asunto, hijo —rompió el silencio el inspector.

Henry Baker se irguió, hinchando el pecho con satisfacción.

—¡Estupendo, señor! —Casi gritó.

El inspector sonrió con expresión paternal en el rostro.

—Otra cosa quiero advertirte.

El joven agente se inmovilizó cuando se disponía a salir del despacho.

—Dígame, señor —inquirió.

—Sólo recordarte que eres un agente de la Ley y la Justicia.

Henry Baker frunció levemente el ceño. Estaba quieto en el centro de la estancia, un poco contorsionado el cuerpo de aventajada estatura y anchos hombros, realzados por un traje de buen corte, mirando al superior con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí. Quiero decir —prosiguió el inspector— que no llevas una pistola para vengar a nadie y que el criminal ha de pasar primero por un tribunal antes de sentarse en la silla eléctrica.

—¡Ya! Comprendido, señor —Baker sonrió, proporcionando a su rostro una expresión de chiquillo travieso—. Usaré mi pistola sólo si es absolutamente necesario.

—De acuerdo —dijo el inspector—. Y otra cosa: ¿Tienes algún plan?

—He de confesar que estoy un poco a ciegas...

—Bueno... No sé si debo darte un consejo...

—Ya sabe, señor, que lo espero con impaciencia.

—Bien. Entonces, ¿por qué no buscas en el expediente a nombre

de Glays Benton? Es posible que encuentres algo interesante.

En el rostro de Baker apareció la sorpresa.

—¿Sospecha algo? —preguntó.

—Haz lo que te digo, hijo —insistió el inspector—. Y luego busca a la mujer. Es lo que dicen los franceses.

Bob Orting frenó ante las luces de un bar, al otro lado de la ciudad. Oteó con recelosos ojos y comprobó que en el interior del establecimiento no había nadie sospechoso. Un momento después se acodaba en el mostrador.

—Hola, Louis —saludó al dueño—. Dame un «*whisky*» doble.

—Al momento; parece que traes sed...

—Lo has adivinado. Mucha sed.

Bebió el contenido del vaso de un solo trago, sin pararse a tomar aliento. Un segundo después pidió:

—Otro.

Hizo lo mismo, ante la admiración del hombre del mostrador, el cual obtuvo la consecuencia de que si Orting continuaba durante diez minutos a aquel ritmo, concluiría debajo de cualquier mesa.

—Pareces preocupado, Orting —rompió el silencio el del mostrador—. ¿No te van bien los negocios?

—Me van admirablemente —fue la bronca respuesta del pistolero.

—Me... alegre. ¿No necesitas guardar nada? —volvió a preguntar el «barman» pacientemente, mencionando con sus palabras el servicio que en múltiples ocasiones prestaba al otro guardándole las armas.

—No. Esta noche no te doy nada, Louis —dijo Orting—. Hasta no recibir noticias.

—Como quieras, querido. Pero ve con cuidado.

—Lo sé. ¡Lo sé! —estalló el «gángsters»—. No hace falta que se me esté siempre machacando.

El del mostrador retrocedió varios pasos al ver el rostro del otro. Estaba como jamás lo había visto, ni siquiera en los días de más tremenda borrachera. Desencajado, trémulo, receloso, la mirada huidiza, volviendo la cabeza para mirar a la puerta a cada segundo. El «barman» pensó que Orting se había metido en algo verdaderamente gordo o que se sentía amenazado.

—Otro «*whisky*» —pidió—. Pónmelo en aquel rincón...

Se desplazó a lo largo del mostrador hasta llegar a la pared, tras un recodo, casi oculto por la caja registradora.

Fueron muchos vasos de licor los que consumió Orting, tantos, que al final, el «barman» se los mezclaba con agua y el pistolero ni siquiera lo advertía.

Era la manera que tenía de esperar. Su impaciencia lo lanzaba hacia la bebida y era incapaz de refrenar sus impulsos.

Había matado.

Dos palabras solamente, pero de terrible significado. Dos palabras que se repetía mentalmente y llegaban a ser sólo unos sonidos absurdos y sin sentido, una conjunción de vocales y consonantes que no decían nada.

Había matado.

No tenía importancia alguna.

No era la primera vez. Y estaba seguro de que tampoco la última.

Para su mentalidad de pistolero enfangado en lo más abyecto del vicio, hundido en el hampa, acostumbrado a ser protagonista de muchos sucesos fuera de la Ley, matar a un semejante convertido en enemigo era un acto más en la vida como cualquier otro.

No era el hecho de haber matado a Mathias Delevan lo que le preocupaba.

Por el contrario, se sentía satisfecho y contento por haber eliminado al jefe de la banda. Llevaba algún tiempo demasiado ensoberbecido y mandón; queriendo que todos sus hombres hicieran su voluntad y matando a los que no lo hacían. El pobre Peter Clinton fue una víctima de ésa egolatría encanallada del «boss».

Era hora, pues, de que alguien pusiera freno a tal estado de cosas. Peter, en su tumba, habría sonreído satisfecho porque un compañero lo había vengado.

No era eso lo que le preocupaba, no.

Lo que temía verdaderamente era a la venganza de Adams y los otros.

Por ello bebía hasta aturdirse y esperaba con ansia la llegada de Ludlow con noticias.

Eran amigos y Orting sabía que iría por el bar de Louis y le pondría al corriente de todo lo que necesitaba saber. Las reacciones

de los compañeros y lo que hacía la Policía.

Era cuestión de esperar con paciencia.

Sólo eso. Porque Delevan estaba ya en un sitio desde el que no podría asesinar a nadie.

El golpe fue bien planeado por el jefe y los hombres que lo llevaron a efecto lo comprendieron así al ver que el producto era bastante aceptable. McTavish, el millonario, casi no notaría el despojo.

Lo mejor de todo fue que la parte principal del botín estaba formada por gruesos fajos de billetes de Banco. Esto satisfizo a los pistoleros, puesto que los billetes son colocados en cualquier sitio en todo su valor, lo contrario de lo que sucede con alhajas y cosas así, que hay que vender de mala manera y por lo que quieran dar. Y quedar agradecidos, además.

Patrick tomó algunas alhajas de *mistress* McTavish, pero únicamente como recuerdo. Los demás, luego de obligar al viejo a abrir su caja de caudales, se llenaron los bolsillos de billetes que el dueño de la casa había sacado del Banco el día anterior y que destinaba a ciertos pagos.

Contentos, muy contentos, se retiraron los pistoleros, mandados por Adams, el elegante, después de maniatar a los criados y encerrar a los dueños de la casa en una habitación sin salida posible.

De nuevo en el jardín, y viendo la tranquilidad con que estaban operando aquella noche, aguardaron a que Gilmer, el técnico mecánico de la banda, hiciera unas cuantas manipulaciones en los motores de los cuatro automóviles pertenecientes a McTavish y que estaban en el garaje, a pocas yardas de la casa.

Salió Gilmer a los pocos minutos limpiándose las manos con unos algodones y sonriendo.

—Listos —anunció.

—Vámonos —dijo entonces Adams—. Tenemos por lo menos un par de horas para regresar.

Los bolsillos repletos y anulado el peligro de persecuciones, no podían pedir más.

Con pasos tranquilos transpusieron la amplia puerta de la verja y comenzaron a alejarse. Luego salieron de la carretera para

adentrarse en el bosque y se quitaron los pañuelos que hasta el momento habían llevado colocados tapándoles los rostros.

Apresuraron el paso en dirección al lugar donde les esperaban el jefe, Orting y los automóviles.

A primera vista podían parecer unos cuantos amigos trasnochadores que paseaban cerca del lago en amena conversación, tal era su despreocupación y tranquilidad.

Pensaban que el jefe sabía hacer las cosas. Nada tan fácil como hacerse ricos en una hora de «trabajo» tan sencillo y sin hacer daño a nadie.

De pronto, dos detonaciones a corta distancia de donde estaban les hizo inmovilizarse.

La alarma se reflejó en sus rostros a la vez que sus cuerpos se encogían.

No todo iba bien aquella noche.

Adams, muy poseído en su papel de jefe segundo, evitó la desbandada.

—¡Quietos! —susurró con voz tenue, pero enérgica—. No suenan más disparos...

Los hombres se detuvieron en su movimiento de huida.

—Tampoco se necesitan más para «liquidar» al jefe y Orting —apuntó Velasco, el venezolano.

—Calla. No se oye nada —siguió Adams—. Si fuera la Policía sentiríamos jaleo...

—¿Quién ha tirado entonces? —inquirió Patrick.

—Eso. Las pistolas no se disparan solas —apoyó Ludlow.

—Vamos a averiguarlo —dijo Adams, sonriendo en la oscuridad—. Seguidme.

Se inclinó mucho para avanzar por entre los matorrales. Los pistoleros consiguieron vencer su irresolución y fueron tras él, aunque a cierta distancia, dispuestos a huir a la primera señal de alarma.

De vez en cuando, Adams se detenía, protegido por el grueso tronco de un árbol, y miraba hacia las sombras que le rodeaban.

Nada de uniformes ni de siluetas extrañas. Poco a poco fue haciendo más rápido su avance al ver que no aparecía peligro inminente por ninguna parte.

Se detuvo y miró en torno. El resto de los hombres se le

reunieron en actitudes recelosas. De pronto, Adams ahogó un grito y se lanzó a la carrera en determinada dirección. Los otros lo miraron con asombro y sorpresa hasta que lo vieron detenerse e inclinarse hacia el suelo.

Entonces corrieron todos a una hacia el segundo.

—¡Es el jefe! —comentó una voz.

—¿Muerto? —preguntó otra.

—No. No está muerto —aseguró Adams—. Vamos a los coches.

Cogieron el cuerpo caído entre todos y comenzaron a transportarlo en dirección al sitio donde habían dejado los automóviles.

Estaban asustados. Mathias Delevan tenía el rostro cubierto de sangre, los ojos semicerrados, la boca entreabierta. Aterraba mirarle. La idea que surgía en sus cerebros después de lanzar una ojeada a la cabeza de Delevan, era la de que aquel hombre estaba agonizando.

Con trabajo consiguieron meter el inanimado cuerpo en la parte posterior del único coche que quedaba. Fue entonces, al ver que faltaba el otro, cuando los hombres echaron de menos a Orting. Y lo comentaron en voz alta.

—Ha sido él —dijo Adams, después de cerrar una portezuela y poniendo en marcha el motor—. Se adelantó al jefe...

Enmudeció, pensando que había dicho demasiado. Durante algunos minutos, el automóvil se bamboleó, sobrecargado, sobre el desigual camino; después salió a la carretera y aumentó la velocidad en dirección a las luces de Chicago.

—¿Qué querías decir antes, Adams? —preguntó Ludlow entonces.

—Que Orting ha intentado asesinar al jefe. Eso quería decir. O lo ha matado ya... Échale un vistazo.

Alguien puso una mano en el pecho de Delevan.

—El corazón late como una locomotora —dijo Patrick...

—¡Je! En el caso de que las locomotoras latan —comentó Gilmer, rompiendo con sus palabras la tensión que reinaba en el interior del automóvil.

—¿Dónde lo llevamos? —inquirió después de varios segundos Ludlow.

—Buscaremos un médico. Podemos pagar su silencio... —dijo

con ciertas dudas en sus palabras el que hacía de jefe—. No creo que haya dificultad. Y si la hay...

Se palpó el bolsillo donde guardaba su automática.

—Bien. Pero si esperas un poco, él mismo nos podrá decir dónde quiere ir —dijo Patrick, al observar que Delevan abría los ojos y miraba en torno con expresión aterrorizada.

Adams aminoró la marcha del coche hasta detenerlo junto a la cuneta.

Todos se inclinaron para contemplar, a la luz interior del automóvil, el espantoso rostro ensangrentado de Mathias Delevan.

Éste los miró a todos uno por uno, con sorpresa y miedo. Después su mirada cobró más brillo y sus labios se movieron.

—Me duele —susurró.

—No... no será nada —trató de animar Adams.

—Fue... él —siguió Delevan—. Orting. Disparó... a traición...

—Lo pagaré, jefe —aseguró Adams—. No se preocupe por eso ahora.

Delevan experimentó un sobresalto. Trató de incorporarse y sólo consiguió hacer una mueca de dolor. Luego se miró la sangre que manchaba su camisa, procedente de la herida en la cabeza.

—¿Me estoy... muriendo? —dijo con un hilo de voz. Luego aseguró—: ¡Me estoy muriendo!

—Yo creo que no, jefe —Adams empleó su tono más persuasivo—. Vamos a llevarle a un médico y verá cómo le cura...

—¡No! —En el rostro de Delevan se pintó el terror—. ¡En modo alguno! Llevadme a casa... Sí, a casa... ¡Con los míos!

Adams consultó con la mirada a Ludlow, a Gilmer y a Patrick. Todos se encogieron de hombros.

—A su casa le llevaremos, jefe —dijo por fin—. Dígame dónde está.

Delevan dio las señas y cerró los ojos. Le dolía la cabeza y el pecho. Estaba seguro de que iba a morir y le aterraba la idea. A él, que tanto desprecio demostró siempre hacia la vida de los demás.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORDABLES
WALT DISNEY.

VIII



E despertó Emma al oír el ruido de las portezuelas de un automóvil y las voces de varios hombres frente a la puerta del «*bungalow*». Saltó de la cama, metió los pies en las zapatillas y se enfundó en la bata. Después, con apresurados pasos, se dirigió a la puerta y la entreabrió.

Contó las formas humanas que transportaban a otra. Cinco hombres que sacaban a otro del coche. Tal vez un borracho... Suspiró. Ella había creído, al despertar, que era su esposo que regresaba.

Sin embargo, los hombres, llevando el otro entre ellos, cruzaron la acera y empujaron la pequeña puertecilla de hierro de la verja.

Un momento después, Emma los veía aproximarse a la de la casa.

Fue entonces cuando, con la cabeza fuera, reconoció a su esposo,

a pesar de la sangre que cubría su cara.

Dio un grito, y abriendo de par en par la puerta, salió al encuentro del grupo.

Los pistoleros se detuvieron un tanto sorprendidos, contemplando cómo aquella mujer, tapada únicamente con una bata, se inclinaba hacia el jefe y le levantaba la cabeza a la vez que pronunciaba palabras cariñosas o exclamaciones de miedo y sorpresa.

—Debe ser la «prójima» del jefe —comentó Patrick en voz baja.

El codo derecho de Ludlow se le hundió en la boca del estómago y le hizo soltar un taco redondo.

Enmudecieron todos al observar que el jefe decía algo.

—Me estoy muriendo, Emma —decía—. Ha sido un... accidente.

—No, querido —sollozó ella—. No será nada...

Delevan dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Le dolían las heridas y estaba más asustado que nadie.

Emma se irguió con la firme resolución de la esposa que tiene que conservar la cabeza sobre los hombros para que todo marche bien.

—Hagan el favor de pasarlo a casa, señores —pidió, más como una orden que como una súplica.

Obedecieron en silencio, y unos minutos después Mathias Delevan reposaba en su lecho, rodeado de los hombres de su banda.

Emma, al ver la sangre manchándolo todo, comprendió que era necesaria la presencia del doctor por lo tanto, su primera intención, fue dirigirse al teléfono.

Adams la siguió en silencio, y cuando la vio descolgar el «micro», la detuvo con energía.

Ella volvió el rostro sorprendida y miró la cara serena del hombre, en la que adivinó una mueca encanallada.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Adams.

—Llamar al médico —respondió Emma con serenidad—. Han debido llevarlo a una clínica. Tal vez sea grave...

—Sí, creo que lo es —la interrumpió Adams—. Pero él quiso venir a su casa. ¿Conoce a ese médico que va a llamar?

—Sí. Es el que nos visita siempre. Sobre todo a los niños...

—Pregúntele primero a... él, si quiere que llame a ese médico —dijo Adams, tajante.

Ella se extrañó de la actitud del desconocido.

—¿Por qué no había de querer? —preguntó.

—Usted pregúntele primero. Haga lo que le digo y déjese de palabras.

La actitud de Adams era de las que no dejan lugar a dudas. Emma no habría querido regresar junto a su marido sin poseer la seguridad de que el médico estaba ya en camino para atenderle. Pero aquel hombre sabía mandar. Lo hacía con energía y dejaba entrever una amenaza en sus palabras. Por lo tanto, ella obedeció.

El resto de los individuos estaban junto al lecho de Mathias, en silencio, contemplando las muecas de dolor que aparecían en la cara ensangrentada.

Ella se aproximó a la cabecera y se inclinó hacia el herido.

Un segundo después, la mano diestra de Adams se apoyaba en uno de sus hombros.

Se volvió con un gesto interrogante en el rostro.

—Lave eso y veremos qué tiene —dijo el hombre en un susurro.

Salió Emma en dirección a la cocina. Allí conectó el calentador eléctrico, y de un armarito sacó gasa, algodón, desinfectante y algunas vendas. Unos minutos después regresaba a la cabecera del herido portando en una bandeja de metal todo lo que había en la casa que sirviera para curar heridas.

Poco a poco fue restañando la sangre de la cara de Mathias, limpiando las mejillas, la barba, la nariz, los ojos y la frente, hasta dejar al descubierto la herida. Era un rasguño de unas cinco pulgadas de longitud y media de anchura, que iba desde la sien derecha de Delevan hasta cerca de la nuca. Por ella manaba la sangre en abundancia, porque habían sido rotos algunos vasos importantes.

Adams, inclinado sobre el lecho, no perdía nada de lo que la mujer hacía. Al ver que ella vacilaba, un poco asustada por la cantidad de sangre, el segundo ordenó:

—Tape eso. No ha llegado al hueso.

Emma no acababa de decidirse, vacilaba; la habría gustado que el médico hubiera dado un diagnóstico y Hecho lo que conviniera en el caso. Ella podía no curar bien...

—¡Vamos! No pierda tiempo.

De nuevo Adams daba órdenes en tono que no admitía

vacilaciones.

Emma empapó un algodón en agua oxigenada y lavó la herida. Después colocó gasas y algodones y una venda como mejor supo.

Y Adams se mostró satisfecho. Miró a Mathias a los ojos y comentó con cierta alegría:

—Lo de la cabeza no es nada, jefe. Ahora veremos lo otro.

Ayudó a Emma a despojarle de la americana y la camisa. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que Mathias no llevaba la misma ropa que vestía al salir de casa algunas horas antes. La extrañó la cosa, pero no dijo nada. Sólo se limitó a guardar el detalle en su cerebro para aclararlo más tarde, a solas con el esposo.

También había sangre en el hombro, aunque no tanta como la que había dejado escapar la herida de la cabeza. La limpió con cuidado, temerosa de hacer daño a Mathias y pendiente de los gestos de dolor que éste prodigaba a cada segundo.

Un momento después descubría la herida. Era un orificio redondo, pequeño y perfecto, aunque algo tumefacto en los bordes.

Fue a lavarlo para vendar, pero de nuevo se lo impidió Adams.

—Espere...

El hombre, ayudado siempre por Emma, dio vuelta al cuerpo del herido y descubrió parte de la espalda y el hombro herido.

—¡Estupendo! —exclamó Adams, con verdadera alegría en el rostro—. Ha salido por aquí...

Emma contempló otra herida. Esta algo más grande que la que había por encima del pecho y también muy sangrante.

Se inmovilizó, aterrada. Nunca lo estuvo tanto como hasta aquel momento.

Dejó pasar varios segundos sin moverse, con los ojos fijos en la herida de la espalda. En su cerebro comenzaron a girar vertiginosamente las escenas de los últimos acontecimientos, desde que llegara su esposo conducido por aquellos hombres. La habían impedido llamar al médico, la obligaban a curar personalmente a Mathias. Uno de aquellos individuos llamaba jefe a su esposo. Y aquel otro, el de la cara brutal, tenía puestas las manos en la cintura, echada hacia atrás la chaqueta y mostrando la culata de una pistola introducida en el pantalón.

Las heridas, la sangre, la pistola, las caras bestiales de los hombres, el olor de los desinfectantes... Todo giraba cada vez más

deprisa. Todo daba vueltas, incluso el suelo de la alcoba se levantaba, para descender luego en una pendiente infinita, agobiante...

Un momento después todo cesaba, para hundirse en negruras piadosas que eran como una liberación para aquella mujer atormentada.

Adams la sujetó para que no cayera al suelo, desmayada. Velasco le ayudó a llevarla hasta una butaquita, donde la depositaron.

—Se ha desmayado, la muy...

—Esta mujer es tonta...

—Adams —llamó en aquel momento el herido.

El segundo corrió a ponerse a las órdenes del jefe.

—¿Cómo estoy? ¿Es muy grave? Dime la verdad —gimoteó Delevan.

Los ojos de Adams bailaron risueños.

—Me temía que fuera la cosa mucho peor, jefe —dijo con alegría—. Lo de la cabeza no ha sido más que un rasguño, que no interesa al hueso. Y la del hombro ha entrado y salido con toda limpieza. He visto muchas heridas y puedo asegurarle que no tiene nada importante, jefe. Cuestión de una semana de reposo, y al avío.

—Lo dices para no asustarme, Adams —siguió Delevan en su tono quejambroso—. Haces mal. Necesito saber la verdad.

Adams se volvió hacia el resto de los compañeros como poniéndoles por testigos de sus aseveraciones.

—Que lo digan éstos —dijo—. No tiene nada grave. Es lo que los médicos califican de «pronóstico reservado».

Patrick soltó una carcajada y dijo:

—Es la verdad, jefe. También he visto yo casos así, y a los tres días, listos.

Delevan pareció tranquilizarse algo después de oír las palabras de sus hombres.

—Ni siquiera hace falta que le vea un médico —siguió Adams con importancia, sintiéndose él mismo un poco médico—. Se lo digo yo. Y por cierto, esa mujer quiso llamar a uno y no la dejé hasta no asegurarme de que era de su confianza.

Los ojos de Delevan relampaguearon.

—Esa mujer —dijo— es mi mujer. Trátala con mucho más

respeto, Adams.

El aludido tragó saliva con algún trabajo.

—Está bien, jefe —pudo articular.

Ya Mathias Delevan no se sentía morir. Tenía la cabeza vendada y Adams procedía a entraparle convenientemente el hombro herido. Volvía a ser el de siempre, a sentirse dueño de sí, a ser el único jefe de aquellos hombres que impensadamente se habían metido en su casa cuando él siempre trató de evitar que llegaran a conocer su domicilio y el género de vida íntima que hacía separado de ellos.

Él, que siempre se consideró como un artista en coartadas, un estúpido accidente le ponía al descubierto, ante sus hombres y su esposa.

Sintió rabia porque tal cosa hubiera sucedido. Entonces recordó todos los acontecimientos de aquella noche, uno por uno. Sus intenciones de matar a Orting y cómo éste se le adelantó colocándole en una situación absurda por lo estúpida.

El rencor, la sed de venganza, aumentaron en su pecho hasta desbordarse incontinentemente.

—¡Adams! —Casi gritó incorporándose en el lecho y haciendo una mueca fié dolor.

Éste saltó para colocarse más cerca.

—Dígame, jefe.

—¿Qué ha sido de Orting?

—Pues... no lo sé —respondió el segundo un tanto confuso.

Hubo un silencio espeso. Emma parpadeó comenzando a recobrar el conocimiento.

—Vais a buscarlo —siguió Delevan con voz sorda, ahogada por la rabia—. Vais a buscarlo aunque se esconda en el otro mundo, ¿lo oís?

Miró a todos y cada uno de los hombres que rodeaban el lecho, como recibiendo constancia de la sumisión de los pistoleros.

—Vais a buscarlo por todas partes, removiéndolo todo hasta dar con él. Cuando lo consigáis, os reunís todos vosotros y descargáis hasta la última bala de vuestras pistolas en el cuerpo de ese traidor hasta llegar al convencimiento de que está muerto.

Se dejó caer suavemente sobre las almohadas y concluyó:

—Siento no poder acompañaros, pero creo que lo conseguiréis

con facilidad. Orting estará en este momento recreándose con su hazaña. Procurad no concederle demasiado tiempo de felicidad. Nada más.

Cerró los ojos y pareció descansar de su esfuerzo.

Sin embargo abrió los ojos cuando oyó deslizarse de pies en la alcoba.

Adams, seguido por el resto de la banda, se encaminaba hacia la puerta.

—¡Un momento!

Adams se volvió.

—Dígame, jefe.

—Poned debajo de la almohada él... producto de... la excursión.

Adams reprimió un gesto de desencanto. Pero obedeció. Un momento después, los codiciosos ojos de Mathias Delevan contemplaban los fajos de billetes a poca distancia de su cara.

—¡Estupendo! ¿No? —exclamó—. Mételo en ese cajón, cierra con llave y dámela.

Adams obedeció en silencio.

Cuando Delevan cerró su mano diestra sobre la llave, suspiró con satisfacción.

—Ahora cumplid mis órdenes —susurró—. No volváis hasta que ese canalla no haya recibido su merecido.

Volvió a cerrar los ojos dulcemente y los hombres salieron de la casa en silencio.

El rumor del motor del automóvil se perdió a lo lejos en la desierta calle.

Emma lo estuvo oyendo con atención hasta extinguirse por completo en el silencio nocturno.

Luego miró a su marido con ojos inexpresivos, pero en los que se podía advertir un mundo de preguntas, de dudas y de certezas.

Desde la cama, Mathias Delevan devolvió la mirada.

En su rostro se dibujaba una débil sonrisa.

Y también una amenaza.

Glays Benton penetró en el bar de Louis. Iba hecha un brazo de mar. Sus ropas un tanto derrotadas, habían sido sustituidas por otras nuevas y de última moda, pasó por la peluquería y se hizo maquillar el rostro y arreglarse las manos. Se compró medias y zapatos, y para completar el elegante atuendo, adquirió un bolso de

piel de lagarto.

Se encaramó en un taburete, en la barra, y pidió una combinación capaz de hacer marearse a un «cowboy». Mientras esperaba que el «barman» se la sirviera, dejó vagar su mirada por el local. Fue una mirada aparentemente indiferente, pero que, sin embargo, la hacía catalogar, medir y pesar las carteras de los parroquianos nocturnos.

Nada de particular... Pero no. Allí estaba precisamente el hombre que la había elevado cuando se encontró completamente perdida al salir de la seccional a raíz de su detención. El hombre que supo ayudarla con generosidad sin pedirla nada a cambio.

Saltó y anduvo a lo largo del mostrador hasta llegar a la esquina, donde estaba la máquina registradora.

Compuso su mejor sonrisa y esperó a que Orting la reconociera.

No tardó en darse cuenta del estado en que el hombre se encontraba. Totalmente borracho, pero aún consciente.

—¡Glays! ¡Chiquilla! —saludó Orting, con lengua de trapo—. Voy a invitarte para celebrarlo... ¡Hip!

—¿Qué tienes que celebrar, querido? —inquirió ella, con sonrisa melosa.

—La felicidad. ¡Nada más que eso! La felicidad y la libertad... La ausencia del miedo... ¡Ah! ¿Recuerdas que la última vez que nos vimos no pudimos divertirnos?... ¿Lo recuerdas? Bueno... Ahora, sí. Ahora podemos ir... a bailar... y a reírnos de todo el mundo... Lo pasaremos estupendamente...

¡Eso es!

Y soltó la más estúpida de las carcajadas. La carcajada del hombre borracho que se tambalea y que le tiene sin cuidado todo.

—Pero... eso es maravilloso, Orting —dijo ella—. Claro que estoy dispuesta a pasarlo bien contigo. Pero tienes que prometerme no beber más, porque si no se acabará pronto la noche.

—¿Crees que estoy borracho? ¿Lo crees? —Babeó Orting—. Pues te equivocas. Mira si soy capaz de estar bien firme y derecho.

Se irguió Orting en posición militar de «firmes», mientras ella lo contemplaba con cierta conmiseración.

Y de pronto se lanzó hacia él para sostenerlo. Orting dio un traspié, que lo llevó hasta una mesa situada a varios pasos de distancia, y estuvo a punto de caer al suelo. No sucedió tal cosa

porque Glays consiguió arrimar una silla tan a tiempo, que el hombre se encontró sentado y apoyado en la mesa.

Se miraren y soltaron una estruendosa carcajada.

—Confieso que estoy algo borracho —dijo él—. Pero merecía la pena celebrarlo, chica. Un día es un día...

Charlaron durante un rato alegremente. La presencia de la joven fue para Orting como una válvula de escape que le impidió reventar aquella noche.

Ella le distrajo y le hizo olvidar el miedo. Ella le dio conversación intrascendente para que no bebiera. Y comenzó a sentirse mejor y feliz. Contento, de todas maneras, por haber matado a Delevan.

La puerta del bar se había abierto en numerosas ocasiones. Más los dos jóvenes, enfrascados en su conversación, nunca repararon en los clientes que entraban o salían del establecimiento.

Sin embargo, una de las veces fue un hombre alto, joven, bien vestido, el que penetró en el bar de Louis y paseó su mirada por todos los concurrentes como buscando a alguien.

Sus ojos se detuvieron en el pelo rubio de Glays, de espaldas a la puerta, y el joven, que ya iba a salir de nuevo desalentado, renunció a hacerlo para aproximarse lentamente a la mesa que la joven y Orting ocupaban.

El pistolero alzó los ojos y los clavó en los del desconocido que se acababa de detener a espaldas de Glays.

Ella se volvió, airada, dispuesta, a despedir al importuno. Sus labios se abrieron para decir algo, pero enmudeció al reconocer al hombre.

—¿Puedes concederme unos minutos? Procuraré entretenerte lo menos posible —volvió a rogar el joven recién llegado.

—Sí, claro —respondió ella—. ¿Me perdonas un momento, querido? —añadió, dirigiéndose a Orting.

—Bueno, pero vuelve al punto, ¿eh?

—De veras, amigo —aseguró el joven—. No saldrá Glays del bar. Es sólo unas preguntas.

Orting hizo un gesto de asentimiento y se recostó en el respaldo de su asiento.

Glays, acompañada por el otro, se encaminaron al mostrador, y tomaron asiento en altos taburetes.

—No te habría molestado de no haber sido absolutamente necesario, Glays —comenzó el joven alto—. De veras que...

—Ya sabe que no me importa, Baker. Le estoy muy agradecida y me tiene siempre a su disposición. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verás. No te buscaba a ti precisamente. En realidad, no sé qué busco por este barrio. Ha sido al verte ahí sentada lo que me ha hecho recordar algo.

—¿Qué?

—Últimamente has estado mezclada en un asesinato...

—Sí. Fue horrible. Yo...

—Dime lo que sepas del muerto.

—Era un chico muy alegre y divertido. Un buen compañero...

—Me refiero a sus medios de vida. He estado buceando en varios expedientes, y saqué la consecuencia de que era un pistolero. Ello me ha hecho pensar que murió víctima de una venganza por parte de algún rival.

—¿Pistolero? No lo sé. De veras, Baker. Gastaba mucho dinero, eso sí; pero yo ignoraba que era un «gángster»... De haberlo sabido...

—Ya. Creo que no me vas a ayudar en absoluto.

—Lo siento, federal —dijo Glays, poniéndose en pie con un ágil salto—. Otra vez será. Mi intención...

Alargó la mano diestra hacia el agente especial y éste la estrechó con indiferencia.

Y cuando se disponía a dar media vuelta para salir, la puerta del bar se abrió con violencia y penetró un hombre, que, como un poco antes hiciera Henry Baker, paseó su mirada escudriñadora por todos los concurrentes.

Al descubrir a Orting sentado en un rincón, se dirigió rápidamente hacia él.

—Ve con tu buen amigo antes de que se impaciente, Glays —concluía el agente especial en aquel momento, luego de pagar la consumición.

—Sí. Eso voy a...

Glays enmudeció, mirando hacia el rincón. Henry Baker, al ver la sorpresa en el rostro de la joven, miró en la misma dirección que ésta, y también se sintió extrañado por la actitud que adoptaba el compañero de Glays.

Orting, en efecto, tardó algo en darse cuenta de que Ludlow se le aproximaba. Cuando sus ojos se encontraron con los del compañero, dio un salto sobre la silla y se puso en pie. Su mano diestra voló hacia uno de los bolsillos traseros del pantalón y quedó firme, retando al otro.

Ludlow se inmovilizó. Baker pudo ver que separaba mucho las manos del cuerpo, aunque sin llegar a elevarlas sobre su cabeza.

Hablaron algo en voz baja, y Orting pareció tranquilizarse. El otro se aproximó lentamente, con la misma medrosa actitud que había adoptado hacía unos segundos, y continuaron hablando.

Henry Baker y Glays Benton no perdieron ni uno solo de los gestos que se pintaron en la cara de Orting. Primero fue la sorpresa, que se confundió con la alarma. Luego, después que cambiaron algunas palabras, fue el pánico lo que apareció en el rostro del pistolero, cuya tez se tornó cenicienta, y comenzó a temblar.

Separó la mano del bolsillo donde guardaba la pistola y estrechó la que le tendía Ludlow. Luego, con rápidos pasos, se dirigió hacia la puerta del bar.

Para ello tuvo que pasar casi tocando a Glays, en la que ni siquiera reparó.

—Oye, Orting —dijo ella, con rapidez, deteniéndole durante un segundo en su marcha—. ¿Te vas?

—Me largo, sí —dijo el pistolero, con prisa.

—Pero...

—¡Vete al diablo!

Orting se desasíó de la mano de Glays, dando un fuerte tirón, y reemprendió la marcha hacia la calle.

Ella fue impulsada con violencia hacia atrás, chocó contra el mostrador y, perdido el equilibrio, fue a caer al suelo en una postura ridícula.

Se levantó pronto, ayudada por el agente del
F. B. I.

Los ojos de Glays relampaguearon, iracundos.

Y fue cuando pronunció unas palabras, que proporcionaron un rayo de esperanza a Henry Baker.

—Ese que acaba de salir era compañero del que mataron a mi lado hace dos semanas, Baker. Y ese otro, también. Se llama Ludlow...

IX



ORTING acababa de salir del bar y Ludlow se lanzó en su seguimiento para hacerle alguna advertencia.

Henry Baker vio que el último, desde la puerta, gritaba al otro, que se disponía a penetrar en el automóvil parado junto al bordillo:

—¡Apresúrate, Orting! No pierdas tiempo... Es preciso que huyas.

La voz del pistolero llegó hasta los oídos del agente especial:

—Gracias, amigo. Seguiré tu consejo.

Baker se desplazó algunos pasos hacia la derecha, y pudo ver a Orting que se introducía en el coche. Y de pronto, Ludlow, hasta el momento situado en la puerta del establecimiento, retrocedió con gran precipitación hacia el interior. En sus ojos estaba reflejado el espanto, y Baker lo advirtió de una sola ojeada.

Estaba pensando en la forma de abordar al hombre para

continuar sus pesquisas, más los acontecimientos que siguieron comenzaron a aclararle cosas.

El miedo que el rostro de Ludlow reflejaba tenía un origen. Baker, al mirar hacia la calle, empezó a comprender.

Vio al automóvil del «gángster» que tenía intención de escapar aún parado ante la puerta del bar. Orting, frente al volante, parecía manipular en la llave de contacto y el botón de puesta en marcha del motor.

Pero también vio las siluetas de los hombres que, desde distintos puntos, se aproximaban al coche, siendo el vehículo como el vértice de un círculo que se estrechaba lentamente, formado por los individuos desconocidos.

Henry Baker comprendió que iban a desarrollarse ante su vista acontecimientos imprevistos, y algo en su interior le advirtió que todo aquello tenía alguna relación con lo que él mismo buscaba.

De pronto, Orting descubrió a los pistoleros. Y quedó inmóvil, rígido, en el interior del coche.

Parecía un gorrión aterrado ante la presencia de una serpiente. Cesó de manipular en el tablero del automóvil. Durante un momento movió la cabeza en todas direcciones, comprobando que tenía todos los caminos cerrados y que le sería imposible escapar del cepo que se estrechaba en su torno.

Ludlow, desde muy cerca del mostrador, también miraba el desarrollo de los acontecimientos que se iban a precipitar en la calle.

—¡Van a acribillarlo! —exclamó, en voz alta y sin darse cuenta de que le oían.

Baker volvió un poco el rostro al escuchar la voz. En la actitud de Ludlow se advertía al hombre acosado que busca salida sin encontrarla. Inmediatamente después volvió a mirar en dirección a la calle.

Varios hombres continuaban avanzando hacia el coche parado, en cuyo interior Orting, amedrentado, era incapaz de ponerlo en marcha o hacer algo para escapar, o al menos para vender cara su vida.

Un tipo delgado, de repelente cara, con un sombrero muy calado en la cabeza y el ala tapándole los ojos, llegó hasta la portezuela izquierda del vehículo.

Otro se detuvo frente al radiador, como queriendo impedir con su presencia que el coche avanzara. Un tercero, de rostro muy moreno, que Baker no dudó en calificar como perteneciente a una nación hispanoamericana, llegó por la acera y se detuvo, de espaldas, muy cerca de la puerta del bar.

Y a través de los cristales de un ventanal aún pudo descubrir Baker a un cuarto individuo, que se acababa de parar a retaguardia del automóvil.

El cerco estaba cerrado por completo.

Las intenciones de aquellos tipos no dejaban lugar a dudas para unos ojos experimentados como los del agente especial del F. B. I.

Todos, sin excepción, tenían las manos hundidas en sus gabardinas. Los rostros graves, a la vez que amenazadores, gestos resueltos, de hombres que van a hacer algo trascendental.

El que se había detenido junto a la portezuela del coche movió los labios, pero lo que dijo no llegó a oídos de Baker. Éste vio que Orting, frente al volante, comenzaba a hablar muy deprisa, haciendo gestos que querían ser convincentes.

Transcurrieron varios minutos, tal vez sólo segundos, al cabo de los cuales Orting dijo algo y se desplazó en el asiento del coche en dirección a la portezuela derecha, la que quedaba junto a la acera.

Lo hizo sin dejar de hablar, y cuando descendió del coche, Baker percibió sus palabras.

—... Yo os explicaré lo que hay, y estoy seguro de que quedaréis de acuerdo conmigo...

Se irguió al ver que todos los hombres se le aproximaban para estrechar aún más el círculo en que estaba encerrado. Las manos de todos continuaban ocultas en los bolsillos de las gabardinas y sus rostros no hacían suponer que sus intenciones hubieran cambiado en virtud de las palabras de Orting.

—Mató a Peter —dijo en tono histérico Orting, sin cuidarse de que podía ser oído por personas ajenas al asunto—. Fue él, y no tenía razón. Pero eso se podía haber olvidado. Lo que ya no podía ser era que quisiera hacer conmigo lo mismo. ¿Lo comprendéis? Me quiso matar, y me defendí. Eso es todo.

Se pasó la mano por el cuello de la camisa, tratando de librarse de su presión, que lo ahogaba. Después continuó:

—Es tonto que queráis vengarle. No lo merecía. Creo que era un loco peligroso, que habría acabado con todos nosotros antes o después. Lo que he hecho ha sido lo único que podía hacerse. Agradecédmelo de veras...

—Tú no has hecho nada, Orting —dijo Adams—. Sólo dictar tu sentencia de muerte.

De pronto, el segundo de la banda se dio cuenta de que estaban en un lugar público. Sus ojos giraron en torno con recelo, temeroso de que alguien hubiera oído sus palabras. Por otra parte, había llegado el momento de acabar de una vez y cumplir las órdenes recibidas.

—Anda, ven al coche —ordenó en tono de voz más bajo.

—¿Qué quieres decir al afirmar que no he hecho nada? —Se debatió Orting, con los pies firmemente clavados en la acera, resistiendo los empujones de los que habían sido sus compañeros.

—Delevan no ha muerto. Y nos ha dicho que te llevemos a su presencia.

—Anda, sí. Acompáñanos —intervino otro de los pistoleros—. Por lo visto, quiere pedirte alguna explicación.

—No, no quiero. ¡No quiero!... —Se resistió Orting. Los otros comenzaban a mostrarse impacientes, lanzaban miradas hacia el interior del bar y veían al del mostrador pendiente de sus actos, a la rubia Glays Benton y a otros cuantos parroquianos que no les quitaban las miradas de encima.

Tal vez dentro de pocos segundos, si continuaban allí, las cosas podrían complicarse, incluso con la llegada de algún guardia.

—¡Si no ha muerto, será él quien me mate! —siguió protestando Orting, a voz en cuello.

—No seas idiota. Nadie mata a nadie... —dijo Adams.

—La cosa no tiene importancia —terció Gilmer, hablando más para los curiosos del bar que para el propio Orting.

Baker vio que empujaban al hombre para llevarlo hacia un automóvil parado cerca. Orting se debatió con debilidad, más bien en una actitud que estaba muy cerca de la pasividad.

Y el agente decidió en aquel momento intervenir.

Ya iba a avanzar hacia la puerta, cuando el propio Orting se le adelantó. De su actitud pasiva pasó a la más trepidante acción.

Sorprendió a todos con un salto agilísimo, que lo llevó a varios

pasos de distancia de sus captores. Su mano diestra voló al bolsillo donde guardaba su pistola y la extrajo sin pérdida de tiempo.

Aún dio varios pasos más en dirección a la puerta del bar y se detuvo antes de entrar. Se volvió y disparó por dos veces.

En el acto se produjo un gran revuelo en el interior del establecimiento. Alguien gritó con una voz aguda y estridente. Una mesa fue derribada, y se oyó ruido de cristales hechos añicos, mezclado con voces de hombres, advertencias y pasos precipitados que derribaban sillas.

Baker empuñó su revólver de reglamento y dio un salto hacia la puerta. Había llegado el momento de intervenir de verdad.

Pero no llegó a salir. Orting, retrocediendo con precipitación, fue a chocar contra el agente.

—¡Alto! —gritó Baker, poniendo su arma automática junto a la nariz del pistolero—. ¡Nadie se mueva!

Habría sido tanto como querer detener las aguas de una inundación. Orting no se dio cuenta del revólver que tenía a dos pulgadas del rostro, pendiente sólo del peligro que tenía a sus espaldas. Por ello, arrolló materialmente al agente, y con dos saltos estuvo junto al mostrador.

Se volvió para hacer un nuevo disparo en dirección a la puerta antes de saltar ágilmente y parapetarse tras la barrera de mármol y metal.

Allí encontró a Ludlow, que empuñaba también una pistola, consciente de que si sus compañeros lo descubrían allí sospecharían que había ido a poner a Orting al corriente de lo que se le avecinaba, y, por tanto, sería considerado como traidor y tendría que correr la misma suerte que el perseguido.

Baker, por su parte, se apartó de la trayectoria de los proyectiles que entraban y salían por la puerta, unos disparados por los pistoleros que se parapetaban tras el mostrador, otros enviados por los que estaban en la calle.

La situación no podía durar. El estrépito de las detonaciones no tardaría en ser oído por algún guardia, que llamaría a la seccional más próxima y precipitaría la llegada de coches patrullas.

Esto lo sabían todos los pistoleros. Era una esperanza para los dos que estaban tras el mostrador, los cuales podrían siempre decir que eran unos pacíficos ciudadanos que fueron atacados por

atracadores para ser despojados de su dinero. Tenían buena salida.

Pero los que estaban fuera no tenían tan fácil coartada. Eran ellos los que atacaban y los que promovían el tiroteo.

Eran, por tanto, los que estaban más interesados en acabar cuanto antes.

La resolución de Adams impidió a los otros que abandonaran la partida, dejando la ejecución de Orting para una ocasión mejor.

Adams no fue partidario de tal cosa. Su prestigio como segundo de la banda y la necesidad de hacer méritos a los ojos del jefe le hicieron permanecer allí hasta el último momento.

Y no sólo eso. En un momento en que los disparos de los de dentro parecieron cesar, el pistolero decidió jugarse el todo por el todo en una loca acción que tenía muy pocas probabilidades de salir bien.

Pensó que Orting y Ludlow estaban reponiendo las cargas de sus pistolas. En ello emplearían pocos segundos...

Se decidió. Con un ágil salto se plantó en la puerta del bar, se agachó, inclinándose hacia el suelo, y comenzó a apretar el gatillo con desesperación, a la vez que avanzaba a la carrera en dirección al mostrador.

Sus hombros, desde los ventanales del establecimiento, secundaron su, acción con un endiablado fuego, que destrozaba todos los espejos y cristales del bar y hacía encogerse a los que estaban dentro, aterrados y temerosos de recibir un balazo en cualquier momento.

Llegó al mostrador y se acurrucó junto a él. Apretó el resorte de su «*Parabellum*», y el cargador, vacío, cayó al suelo. En el acto introdujo uno nuevo en el depósito y miró hacia arriba, en espera de la ocasión propicia.

Hizo acopio de coraje, encogiéndose cuanto pudo para, al segundo siguiente, saltar como un gato o un acróbata del circo.

Quedó tendido sobre el mostrador y buscó a los antiguos compañeros con mirada nerviosa, anhelante.

Medio segundo más de silencio sorprendido, y su pistola recomenzó el endiablado fuego, que hacía retemblar los cristales.

Orting y Ludlow recibieron la descarga en sus cuerpos mucho antes de que sus nervios fueran capaces de reaccionar ante la presencia del bandido sobre el mostrador. Cuando quisieron

hacerlo, ya tenían tres balazos cada uno, y el otro continuaba disparando.

Se encogieron bajo el plomo asesino. En sus rostros aparecieron sendas muecas de dolor y miedo ante lo irremediable, a la vez que en sus ojos brillaba el odio hacia el hombre que, subido en el mostrador, contemplaba sus agonías.

Orting miró la sangre que manchaba su camisa. Una mancha que se hacía mayor por momentos. Y cerró los ojos al sentir que se moría.

Ludlow, herido menos gravemente, tuvo fuerzas para alzar la pistola que aún empuñaba en su mano diestra y apuntar a Adams.

Éste parecía una estatua sobre pedestal de mármol. Sólo aguardaba a cerciorarse de la muerte de los traidores para emprender la huida antes de que cundiera la alarma en el barrio.

Nunca pudo esperar que uno de los dos hombres que acababa de asesinar conservara las fuerzas suficientes para repeler a tiros la agresión.

Había contemplado a Orting, y sonreía al ver las muecas de dolor y miedo en el rostro del hombre. Pero descuidó la vigilancia del otro, y cuando quiso evitar el disparo ya era tarde.

No le sirvió de nada el salto que dio para bajarse del mostrador al ver que la pistola de Ludlow lo apuntaba. La bala disparada por ésta fue mucho más rápida que sus movimientos y alcanzó al bandido en el vientre.

Profirió un grito brutal, desgarrador, de fiera herida que siente el plomo en sus entrañas, y cayó al suelo, revolcándose en convulsiones, oprimiéndose el sitio herido y sin cesar de gritar.

Gilmer, Patrick y Velasco dudaron irresolutos en la calle. Sus deseos les empujaban hacia el automóvil que aguardaba a poca distancia. Habrían deseado huir en el acto. Pero allí dentro estaba Adams, revolcándose. Tal vez no sería muy grave la herida, y, por otra parte, aún no aparecían los temidos guardias ni se oían silbatos. Tal vez tendrían tiempo de arrastrar al segundo de la banda, llevarlo hasta el coche y huir.

Además, esto era lo que les habría gustado que otros hicieran con ellos en el caso de que hubieran sido heridos en lugar de Adams.

Con una mirada de inteligencia, intercambiada como un

relámpago, penetraron como torbellinos en el bar y se inclinaron sobre el herido.

Ninguno miró tras el mostrador para comprobar los resultados de la loca acción de Adams. Es verdad que no tenían deseos de perder tiempo, y, por otra parte, cuando el que los mandaba se puso en pie sobre el mostrador, pudieron ver su sonrisa de triunfo. Era seguro que, a pesar de todo, detrás del muro de mármol sólo encontrarían dos cadáveres.

Levantaron el convulsionado cuerpo de Adams y se precipitaron en dirección a la puerta. Comenzaban a pensar que, después de todo, la cosa iba a resultar bien, suponiendo que la herida de Adams no revistiera demasiada gravedad.

Pero no contaban con Henry Baker, ni siquiera sospechaban la presencia de un agente del

F. B. I.

en el bar.

El joven policía, tendido en el suelo, había presenciado la refriega sin intervenir, comprendiendo que nada podía hacer para evitar que aquellas fieras con apariencias humanas se destruyeran mutuamente.

Más cuando los tiros cesaron, cuando los tres pistoleros irrumpieron en el establecimiento con objeto de llevarse al otro herido, Baker se puso en pie de un salto, en su mano el «Magnum», resuelto a no dejar salir a nadie si antes no estaba bien esposado y desarmado.

Se colocó en la puerta, obstruyendo la salida.

Patrick, el hombre de la mandíbula cuadrada y apariencia de antropeide, miró con rapidez al que estaba en su camino y fue a ordenar algo:

—¡Fue...!

Enmudeció al ver que el joven estaba armado, y se inmovilizó, ocasionando una colisión con los otros que llevaban al herido.

Las tres cabezas quedaron vueltas en una misma dirección, en los rostros el asombro y la contrariedad.

Pero estaban lanzados y no les iba a impedir nadie que escaparan.

Sus manos soltaron el cuerpo de Adams, que volvió a caer al suelo y continuó sus gemidos, ahora más débiles, a medida que la

pérdida de sangre hacía huir sus fuerzas. Inmediatamente después volaron en demanda de las armas guardadas unos segundos antes.

Pero la voz de Henry Baker sonó fuerte y autoritaria, sin un ligero asomo de temor o irresolución en su acento:

—¡Levanten las manos! ¡Pronto! Quedan detenidos todos...

Un segundo de vacilación se produjo en los bandidos. Sólo un segundo. En sus mentes estaban bien afincadas las ideas de lo que acababa de suceder en el bar de Louis, y sabían que ellos eran los únicos responsables de las muertes de dos hombres. Nada podían esperar si eran detenidos. Había allí el suficiente número de testigos, que declararían en contra de ellos.

Era preciso, por tanto, abrirse paso a tiro limpio.

También pensaron que esto sería fácil. ¿No eran tres ellos? Y el paso lo tenían cortado sólo por un hombre...

No interrumpieron los movimientos encaminados a empuñar sus armas. Y es seguro que habrían conseguido sus propósitos... de haber tenido enfrente a un hombre distinto, que no se llamara Henry Baker y no hubiera asistido en calidad de alumno a la Escuela de Quantico, donde se forman los mejores policías del mundo.

Los tres pistoleros llegaron a rozar las culatas de sus automáticas, a la vez que acariciaban también la idea de fulminar al importuno que les daba el alto.

Se oyeron tres detonaciones, y los tres pandilleros se inmovilizaron, a la vez que en sus caras aparecía el asombro que les embargaba.

En la mano diestra de Patrick apareció una mancha color rojo oscuro y brillante. Un momento después el hombre contemplaba asombrado el charquito que se formaba a sus pies, y que tenía su origen en un agujero abierto en su muñeca derecha por una bala enviada por aquel joven que los miraba con rostro serio y lleno de reproches.

Gilmer se acariciaba el hombro derecho con la mano izquierda. De cuando en cuando la retiraba para contemplar la sangre que la manchaba y que estaba echando a perder su gabardina de color claro.

Velasco no pudo contener el dolor que le había paralizado el brazo derecho y se alejó varios pasos para caer sobre una silla y

hundir el rostro en su antebrazo derecho, mientras otro charco se formaba con la sango que le corría dentro de la manga y prestaba a su mano una apariencia aterradora.

—Retrocedan hasta la pared —ordenó en aquel momento Baker, con voz enérgica y firme—. Es mejor que no den motivos para que la próxima vez apunte a sitios más importantes de su anatomía.

Gilmer y Patrick retrocedieron como se les ordenaba, hasta que sus espaldas tropezaron con una pared.

—Bastante —siguió Baker—. Levanten ahora las manos, y no se les ocurra hacer tonterías. Lo sentirían, ¿saben?

Se volvió hacia el venezolano y le ordenó:

—Reúnase con sus amigos. El brazo le dolerá lo mismo aquí que junto a ellos. ¡Vamos!

Había tal energía en su voz, que Velasco obedeció sin rechistar, aunque sin dejar de hacer visajes que demostraran su dolor.

Al nivel del mostrador apareció el demudado rostro de Louis, el «barman». En él se advertía la magnitud del drama que había presenciado y del miedo que pasó pensando que él podía ser el tercer hombre que encontrara la muerte, acribillado a balazos tras su propio mostrador.

Baker lo vio, y una nueva orden salió de sus labios:

—Llame a la Policía, ¿quiere?

Y le dio el número de la División del

F. B. I.

Quedó vigilando con atención a los pistoleros, hasta que, transcurridos diez minutos, oyó el chirriar de los frenos de varios automóviles en la calle.

Un segundo después el bar estaba lleno de agentes de paisano, que se hicieron cargo de los pistoleros heridos. Un inspector comenzó a dar órdenes para que llegaran las ambulancias que se llevaran a los muertos.

Pero en la espera de éstas, Baker pasó al otro lado del mostrador para identificar personalmente a los muertos.

Lo hizo primero con Orting, buscándole la cartera en el bolsillo de la chaqueta. Y en aquel momento se dio cuenta de que el otro pistolero no había exhalado el último suspiro.

Los párpados se movieron, y al ver a Baker, los labios pronunciaron algunas palabras en tono de voz muy débil.

El joven agente prestó atención, y poco a poco fue enterándose de todo lo que necesitaba saber.

Unos momentos después se erguía con los ojos brillantes. Hizo un gesto a los enfermeros, que colocaron a los dos cadáveres en sendas camillas y los trasladaron hacia la ambulancia que esperaba afuera.

El inspector del
F. B. I.

paseó su mirada por el bar y dio una orden:

—Podemos marcharnos, hijos. Sólo nos resta tomar declaración a esos pájaros.

—Un momento, inspector —le interrumpió Baker—. Aún tenemos algo que hacer esta noche. Tengo la dirección del hombre que mató a nuestro compañero Alvin Berry.



V A L I E N T E S

Vallentes hasta la temeridad son los protagonistas masculinos de esa única serie de aventuras modernas en los ambientes más interesantes.

V A L I E N T E S

es una Colección que emociona por su dramáticos argumentos, a la vez que enseña deleitando. Es destinada a

HOMBRES Y MUJERES

X



E acumulaban en su cerebro las ideas en absurda mezcolanza. Todo era girar de conceptos, de palabras escritas con letras negras sobre fondo gris, con chispazos como relámpagos, sin que ella pudiera poner todo aquello en orden. Había un geniecillo travieso que todo lo embrollaba, gozándose en el desconcierto de Emma Delevan.

Allí, al otro lado de la habitación, reclinado sobre las almohadas de la cama, el rostro pálido, una leve sonrisa extraña en los labios y los ojos fijos en ella, estaba su marido aguardando las preguntas que se agolpaban en la boca de ella y que, sin embargo, no dejaba salir, poseída de unos sentimientos encontrados, que eran mezcla de miedo, sorpresa y duda.

El aguardaba en silencio. Su sonrisa, poco a poco, fue antojándosele a Emma que experimentaba un cambio radical. Al

principio era tímida, propia de la persona que está cogida en falta y aguarda el perdón. Después, ella creyó adivinar en aquel pliegue de los labios de Mathias un cinismo Repugnante y un desafío a todo y a todos.

¿Por qué no era capaz de articular palabra? La respuesta que se hacía mentalmente Emma tenía fácil contestación. Eran muchas las preguntas que debía formular, pero, en realidad, ya conocía las respuestas. Y también prefería abandonarse así, medio derribada en la butaquita, procurando conservar una ignorancia que cada vez se le resistía más.

Había sido feliz en su matrimonio. Siempre estuvo segura de su esposo. Era un hombre trabajador, que se sacrificaba por ella y por los hijos, que le faltaban horas al día para ganar dinero, procurando que nada les faltara. Cariñoso y paciente siempre: afable para con todos, de costumbres morigeradas y limpias. Para Emma, era el ideal de hombre y esposo, y pensó siempre que era digna de ser envidiada por todos los que la conocían.

Y ahora todo se derrumbaba a su alrededor, todo se venía abajo con estrépito, brutalmente, sumiéndola en una situación de desesperanza que era incapaz de afrontar con resolución.

¿El hombre bueno? Un «gángster». ¿El padre cariñoso? Un asesino. ¿El hombre trabajador? Un atracador. ¿El marido ideal? Un ladrón.

Todo se mezclaba en su atormentada cabeza y su vista se cegaba, impidiéndola ver.

Cerró los ojos, para abrirlos unos segundos más tarde. Allí continuaba Mathias sin moverse, reclinado en las almohadas y con su sonrisa estereotipada en el rostro.

—¿Por qué?

Oyó su propia voz, y creyó que pertenecía a otra persona.

—¿Por qué? —repitió la mujer, atormentada.

—¿Quieres ser más explícita, querida? —dijo Delevan, sin dejar de sonreír.

No. No podía. Era incapaz de articular las palabras que se agolpaban en su garganta, que luchaban en su pecho luego de formarse en el cerebro. No podía preguntar directamente, porque la daba miedo.

Y Mathias Delevan sonreía sin cesar. Incluso tenía ahora un

gesto de desprecio hacia su propia mujer.

Pasaron los minutos en silencio. Un silencio angustioso.

Y pareció que sus ideas se aclaraban, aunque, en verdad, sólo fue durante un segundo, en el cual pensó en las escenas que se desarrollaban durante los desayunos de Mathias, antes de salir de la casa para encaminarse a la oficina o a dónde fuera.

Ella servía el café y las tostadas, mientras él leía el periódico, fresca aún la tinta de imprenta.

Y siempre, después de algunos comentarios sobre política o situaciones internacionales, la conversación iba a parar al suceso del día, al último atraco cometido hacía pocas horas, durante la noche en que él estuvo fuera... ¿trabajando?

Entonces Emma pensó que el esposo la hacía partícipe de su verdadera ocupación nocturna y se recreaba con los detalles impresos en el periódico, admirando su propia obra y diciéndola a ella lo que había hecho.

Si hubiera conservado en la memoria los hechos que ambos comentaron durante los desayunos, habría tenido la lista completa de los delitos de Mathias Delevan.

Era un monstruo, una fiera repugnante. Esa acción de ponerla a ella al corriente de sus actos al margen de la Ley, era algo incalificable, que lo retrataba de cuerpo entero.

Y ella, infeliz, pensó que Mathias tenía otro amor...

La verdad era mucho más terrible que las suposiciones.

Porque Mathias Delevan era un asesino y un ladrón.

Dos palabras que nos dejan poco menos que indiferentes cuando son empleadas por los periodistas para calificar a los delincuentes, pero que adquieren una fuerza enorme y un significado aterrador, horrible, cuando han de ser empleadas para designar a algo propio, algo que nos atañe directamente.

—¿Por qué? —repitió mecánicamente.

—Me harás perder la paciencia —dijo él, borrando la leve sonrisa y frunciendo el ceño—. ¿Es que no sabes decir otra cosa?

Emma era incapaz de llorar, cosa que tal vez habría servido para que su corazón se aliviara un tanto. Tenía como un nudo en la garganta que la oprimía con frío glacial y la impedía incluso respirar.

Era mucho para ella. Era demasiado para una mujer como

Emma.

Y Mathias se mostraba indiferente. Tal vez nunca estuvo tan dueño de sí mismo como en aquella ocasión, a pesar de estar herido.

Más minutos transcurrieron lentos, espesos, como losas de granito, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra alguna.

Por fin fue el hombre quien decidió salir del atasco.

—Creo que ya sé lo que quieres decir cuando preguntas por qué lo he hecho —dijo con voz firme, en la que no se advertía sombra de remordimiento—. ¿Por qué?

Su brazo sano se movió para señalar hacia el cajón donde los pistoleros habían guardado el producto del asalto de aquella noche.

—Por eso —siguió Delevan—. Por eso lo he hecho. Y espero que te muestres contenta y satisfecha de mí... Ahí tienes dinero para lujos, joyas, caprichos. Nadie estará por encima de ti y podrás lucir tu belleza y tu juventud. Por eso lo he hecho. El fantasma de la necesidad no llegará nunca a esta casa; se nos respetará como a personas adineradas.

Soltó una carcajada que a Emma se le antojó fuera de lugar, propia sólo de un cerebro conturbado, carente de razón.

Miró con los ojos muy abiertos a su marido.

—Nunca te he pedido más de lo que has podido darme —pudo articular con voz desfallecida y tono de reconvención—. Nunca...

—Pero yo te lo doy —atajó él con los ojos brillantes—. Tú eres mujer y con eso está dicho todo. No hay mujer a quién no le guste el lujo, las pieles y todo lo demás. Ahí lo tienes, a tu disposición.

Con amplio gesto mostró el cerrado cajón que contenía el dinero robado al millonario McTavish hacía varias horas.

Emma entornó los ojos hasta dejarlos convertidos en dos rendijas. Por entre las pestañas miró al hombre y, de pronto, sintió que dentro de su ser experimentaba una gran conmoción que duró pocos segundos.

Luego, su espíritu se vio invadido por una dulce quietud, por una serenidad agradabilísima que contrastaba con el estado anterior.

Se puso en pie con brusquedad.

—¿Quién te dijo que yo anhelaba esos lujos? —exclamó—. ¿Quién pudo hacerte creer que yo podía desear que robaras y

asesinaras para vivir mejor?

Mathias Delevan la miró con los ojos muy abiertos.

—Eres mujer y...

—¡Calla! Me da náuseas oírte hablar así. Es posible que existan mujeres a quienes les importe poco eso que tú has hecho con tal de cubrirse de joyas. Pero yo soy de otra clase y antepongo la felicidad honrada de mis hijos a esas vanidades que llegan hasta el crimen. No, Mathias. Te has equivocado. Y creo que eres lo suficientemente inteligente como para saber lo que tienes que hacer para borrar tu culpa. Mis hijos y yo lo exigimos así.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Delevan con el ceño más fruncido que nunca.

—Lo sabes perfectamente —insistió Emma en una actitud que personificaba a la Justicia, bella y magnífica, señalando a su esposo con un dedo rígido.

—De veras que no comprendo...

—Sí, sí lo comprendes. No hay más que un camino ante ti ahora, Mathias.

—Bueno, ¿cuál es?

—Entrégate. Purga tú acción y pon en ella tu arrepentimiento...

Delevan olvidó sus heridas para dar un salto en el lecho y gritar:

—¿Estás loca? Eso significaría la silla eléctrica para mí. Sería la ruina y el escarnio. No. No puedo acceder a ello.

Emma dio varios pasos en dirección a la puerta de la alcoba.

—Entonces seré yo quien ponga a la Policía en antecedentes de tus actividades. Desde ahora, y si no lo hiciera, sería tu cómplice. Y no quiero serlo.

Delevan avanzó por la estancia hasta colocarse entre Emma y la puerta, impidiéndola el paso.

—No puedes hacer eso —gritó—. Te lo prohíbo. Soy tu esposo y tengo derecho a hacerlo.

—Te equivocas. La Ley me ampara...

De la mente del hombre se borró el recuerdo de sus heridas y de los dolores que experimentaba. Sólo veía ante él un peligro real y mayor que los agujeros en su piel.

—No saldrás de aquí.

Ella retrocedió.

—Lo haré por la ventana —dijo con resolución.

Toda su timidez anterior había desaparecido por completo para dejar paso a un anhelo firme de cumplir con su deber.

Delevan dio un salto y se precipitó hacia ella, la agarró por los hombros y la inmovilizó.

—Tú no serás capaz de hacer nada de lo que dices —gritó, con la boca babeante, casi pegada a la mejilla derecha de Emma—. No lo harás porque...

—¿Por qué? —inquirió ella con voz dulce y sosegada.

La actitud de la mujer exasperaba más y más a Delevan, que estaba a punto de echarlo todo a rodar.

—Porque te mataría en el acto —soltó, con los ojos clavados en los de ella—. Te mataría sin compasión, como he matado a otros que me traicionaban. Alguno antes de que llegara a hacerlo...

Emma apretó los labios. Sí, era seguro que Mathias sería capaz de hacer lo que decía. Por lo tanto, sería conveniente proceder con más cautela.

—Déjame. Me haces daño —susurró con lágrimas en los ojos, provocadas por la contemplación de aquel hombre abyecto y fuera de sí, tan distinto al Mathias que ella había tratado desde hacía años.

—¿Vas a portarte como es debido? —preguntó él.

Emma movió la cabeza en sentido afirmativo y sintió que la presa del hombre se aflojaba.

Lo miró y pudo comprobar que Mathias no la contemplaba como hasta entonces. Había levantado el rostro y tenía los ojos clavados en la puerta de la alcoba; en su expresión se advertía a la fiera en estado de acecho, en alerta ante la proximidad de enemigos.

Ella también prestó atención y percibió el chirriar de los frenos de un automóvil en la calle, al otro lado del jardincito.

Delevan se puso en pie de un salto, los ojos le brillaban con excitación.

—¡No son ellos! —dijo en un susurro.

Continuó atento a los ruidos que llegaban desde la calle. Ella también percibió el rumor de muchos pasos furtivos y precipitados. Algunas voces ahogadas y poco a poco todo quedó después en silencio.

—¡No son ellos! —repitió Delevan, esta vez con tono desolado.

Se dirigió con rapidez a la cama y extrajo la pistola de entre los

almohadones, la empuñó con firmeza y, siempre mirando a la puerta, exclamó:

—Peor para ellos.

Luego se volvió hacia Emma y la conminó:

—Quieta aquí, ¿lo oyes? No se te ocurra meter las narices donde no te importa. Si los niños lloran asustados, puedes ir con ellos para tranquilizarlos.

Dio algunos pasos hacia la puerta y la abrió. Pero antes de salir se volvió de nuevo hacia la mujer.

—¡Ah! Y si ves que tardo en volver, no te preocupes demasiado. Tienes los medios suficientes para salir adelante...

Sonrió con amargura para concluir:

—Gracias a mis... trabajos nocturnos.

Salíó cerrando de un portazo y Emma se precipitó hacia la puerta. Ante la lisa plancha de madera barnizada se inmovilizó. Luego manejó el picaporte y comprobó que podía abrir sin dificultad. Anduvo por el pasillo hasta la primera puerta, la abrió y se sentó despacio en una silla, entre las camas donde dormían sus hijos.

Los miró con dulzura y arrojó al niño, que tenía un muy inquieto dormir.

Una vez arregladas las sábanas, bien doblado el embozo, cruzó las manos sobre el regazo y elevó los ojos al cielo. Sus labios se movieron susurrando una oración.

No pudo oír los pasos en torno a la casa, ni las voces de mando, ni las órdenes proferidas en tono conminatorio. Todo eso llegaba a sus oídos como un rumor lejano, ajeno a la casa, fuera de lugar.

Estaba absorta en sus oraciones, pidiendo al Señor que proporcionara una santa ignorancia a los hijos y los permitiera crecer honrados y sin el agobio del recuerdo del padre pistolero. No podía pedir otra cosa en aquellas circunstancias. Su cerebro estaba vacío para todo lo que no fueran los dos seres que estaban dormidos en sus cainitas y el Altísimo que velaba por todos.

Sólo un ligero estremecimiento conmovió su cuerpo cuando restalló la primera detonación. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se deslizó desde la silla para quedar arrodillada en el suelo.

De esta manera concluyó la oración que había comenzado. Después perdió el sentido.

Bajo las órdenes del inspector jefe de la División del
F. B. I.

en Chicago, los agentes especiales rodearon la casa que habitaba Mathias Delevan.

Henry Baker solicitó permiso para ser él quien llamara a la puerta, y el inspector se lo concedió, siempre que él acompañara al joven agente.

Así se hizo. Baker aporreó la puerta y pulsó el timbre hasta convencerse que nadie acudía a abrir.

Se volvió al jefe para decir:

—Nos dijeron que estaba aquí y herido.

—En efecto. Herido de poca importancia. Por ello es muy posible que el pájaro haya volado de la jaula.

Baker, por toda respuesta, retrocedió varios pasos para precipitarse con todas sus fuerzas y peso sobre la puerta.

Al primer intento, ésta saltó convertida en astillas y el joven vaciló en el interior oscuro.

Pero la oscuridad dejó paso pronto a un relámpago, a la vez que una detonación retumbaba en sus oídos.

En una fracción de segundo, Baker estuvo tendido en el suelo y disparando en dirección al fogonazo.

Oyó pasar el silbido de las balas enviadas por Delevan por encima de su cabeza, y apuntó con cuidado.

Luego apretó el gatillo por dos veces y cambio de posición para evitar que su silueta se recortara contra la débil claridad de la calle.

Y de nuevo hizo fuego, aunque esta vez no pudo apuntar a fogonazo alguno.

Detrás de él se oyeron voces de alerta y órdenes.

Permaneció quieto, inactivo su «Magnum». Y el silencio se enseñoreó del «*bungalow*».

Sólo un gemido, lejano, pareció llegar a oídos del joven agente. Un gemido y unos lloros infantiles.

Nada más. Dejó transcurrir algún tiempo, atento a cualquier ruido en el «*hall*» del «*bungalow*», algo que delatara la presencia del jefe del «gang» o sus deseos de continuar el tiroteo.

Nada. Silencio.

Fue Baker quién se desplazó un poco más a la izquierda sin que sus movimientos provocaran reacción alguna por parte del enemigo

que se escondía en la oscuridad.

—¡Luz! —pidió a los de fuera.

Una silueta penetró arrastrándose y llegó junto al joven. Era el inspector.

—¿Estás tocado? —preguntó. Y había ansiedad en las palabras del jefe, dichas en tono casi inaudible.

Baker sonrió en la oscuridad.

—No. Pero no da señales de vida.

—¿Habrá huido?

—No le he oído arrastrarse. Creo más bien que está herido...

—Espera —dijo el inspector—. Está atento a lo que pueda suceder. Voy a encender.

Se movió junto al joven y se separó un poco. Después brilló un fino rayo de luz que cambiaba con rapidez de sitio. Hasta que, de pronto, se encendió la luz del techo.

Baker estaba como aferrado a la culata de su revólver, con los nervios en tensión, listo para disparar en una fracción de segundo.

Pero no lo hizo.

Con pausados movimientos se puso en pie y avanzó despacio por la estancia hasta detenerse junto a un cuerpo tendido en el suelo.

Delevan estaba allí, boca abajo y con una pistola en la diestra. Una pistola que no volvería a asesinar a nadie, empuñada por aquella mano que comenzaba a enfriarse.

—¿Muerto? —preguntó el inspector, colocándose junto al joven.

—Muerto —fue la respuesta de Baker.

—Todo acabó entonces —dijo el jefe, en el mismo tono que habría empleado para murmurar una oración fúnebre.

—Sí. Todo acabó...

—Para él. Nosotros tenemos que comenzar de nuevo.

Los dos policías federales se volvieron al escuchar aquella voz femenina a sus espaldas.

Allí, en el umbral de la puerta, con dos niños en brazos, soportando un peso superior a sus fuerzas, estaba la esposa del asesino.

—¿Quién es usted? —inquirió el inspector.

Emma, con la voz estrangulada por la emoción y los ojos arrasados en lágrimas, respondió:

—La esposa de Mathias Delevan. Él ha terminado, pero

nosotros... hemos de comenzar de nuevo.

Corrieron a sujetarla antes de que cayera. La casa se llenó de agentes de paisano, que recorrieron las habitaciones. Minutos después todo quedaba aclarado, en virtud de las declaraciones de los «gángsters» detenidos anteriormente y lo que añadió Emma.

—No se preocupe, señora —dijo el inspector del

F. B. I.

con emoción en sus palabras—. Si es usted inocente, como todo lo demuestra, nadie la molestará, ni a sus hijos. Ellos no tienen la culpa de que el padre fuera un...

—Bastante, jefe. Que los niños no oigan esa palabra.

—Tienes razón, Baker. Ni ella. Ya ha pasado bastante la pobre...

Salieron del «*bungalow*» y subieron en los coches policíacos.

—Debió ser terrible para esa mujer... —comentó el inspector, aún estremecido por los acontecimientos recientemente presenciados.

—Terrible, por supuesto —dijo entre dientes Baker—. Pero creo que recibirá alguna ayuda, ¿verdad? Me desagradaría saber que esos chiquillos, felices hasta ahora...

—Claro que la tendrán, hijo. No te preocupes. Por otra parte, mi felicitación. Has acabado el asunto en menos de veinticuatro horas. Y el asesino de Alvin Berry ya no asesinará a nadie más.

—Gracias, señor. Fue sólo suerte...

Él había tenido suerte. Pero ¿y Emma Delevan y sus hijos?

Era posible que también pudieran decir lo mismo.



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !

